CUANDO EL MIEDO SE CONVIERTE EN UN COLOR MÁS OSCURO

# ENCUENTROS PELIGROSOS

GIO VELASCO

# ENCUENTROS PELIGROSOS

GIO VELASCO

Letras Alas Negras


Por Amazon
marzo de 2024

Índice



*«Salvar a un perro no cambiará el mundo, pero sin duda alguna, el mundo cambiará para él».*



*«¿Acaso es lo diabólico algo que haces... o algo que eres?»*

American Psycho.

# NOCHE SIN SALIDA

*«Él los protegió de todas las maneras posibles».*

Julio 13, 2010
16:30 p. m.

Cuando mis padres murieron, la comunicación con mis hermanos ya no fue la misma, como si la mejor salida era omitir que estuviéramos ahí, refugiándonos en una vida silenciosa y depresiva. El cumpleaños número diez de Becka no hubo globos azules llenos de helio decorando la casa, ni mucho menos risas y gritos de felicidad. Sólo un pastel de chocolate al lado de la puerta de su habitación. La familia Henderson hacia su mayor esfuerzo, pero no les estaba funcionando, porque no queríamos que funcionara. Eran buenas personas, pero pensábamos que deseaban ocupar el lugar de nuestros padres. Y un caso difícil era mi otra hermana, Samanta, que dejó de ser miembro del Club de ajedrez y del Club de matemáticas para pertenecer a una

banda de *rock*, cosa que a nuestros padres adoptivos no les pareció una buena idea.

—¿Ponte el cinturón de seguridad? —dijo Alfred.

—No se me da la gana…

—Hazle caso a tu padre, señorita.

—Él no es mi padre, ¡y váyanse al demonio!

Ella era Samanta, y ellos nuestros padres asignados por el gobierno. Alfred y Gemma, nunca pudieron tener hijos, por eso vieron en nosotros la oportunidad para formar un hogar de ensueño, pero nos encargaríamos de que no fuera así. Pues de querer tener la familia ideal, pasó a hacer una pesadilla en el infierno.

Alfred creía en cosas anticuadas como introducir barcos en una botella de cristal y redactar sus artículos en la vieja máquina de escribir. A Gemma le gustaba la jardinería, por eso teníamos el jardín más bonito de todo el vecindario, aunque otro aburrido detalle era que amaban ir a la iglesia los domingos, sin nombrar que nos obligaban a escuchar amorosos versículos de la biblia con unos trajes ridículos.

—Quiero ver caras felices, unas lindas vacaciones en la playa nos espera —dijo Alfred, poniéndole música a la horrible miniván.

Pero no más horrible que mi vida, pues perdí la beca para entrar a la universidad que había ganado por mi buen desempeño en el deporte. Era jugador de *lacrosse* y gané muchos trofeos, pero me dejé llevar por el aire donde flotaba la depresiva fragancia de la muerte, renunciando a todo. Al parecer, a Gemma y Alfred no les importaba mucho, sólo esperaban que yo encontrara mi verdadero camino. Quería vomitar al escuchar su patética charla de superación personal.

Alfred llevaba unas gafitas redondas de montura plateada y nos miraba por el espejo retrovisor. Me entró el entusiasmo de decirle: «vete a la mierda», pero no lo hice. ¿Por qué no lo hice? Mi madre nos decía que esas clases de palabras eran inútiles, era llamar a las malas energías.

—Denle un poco de croquetas a Baxter, debe tener hambre —dijo Alfred, mientras cambiaba de emisora.

Baxter era nuestra mascota, un pastor alemán de ocho años. Era un perro policía, adiestrado con fines para la seguridad pública e investigación por su gran olfato e instinto. Pero cuando el Departamento de policía lo retiró de todo servicio, papá lo adoptó y lo trajo a casa. Becka lo amó desde el primer instante, en cambio, Samanta decía que cuando la miraba le ponía la piel de gallina y su olor le daba náuseas. Ahora se había adaptado un poco más él, ya no era tan alérgica a Baxter.

—Come un poco —dije—. Buen chico.

—Su padre lo adiestró muy bien —dijo Alfred.

Seguí dándole de comer para no darme por enterado de lo que había dicho. Se me olvidó mencionar que nuestro padre fue quien lo entrenó desde que era un cachorro, sin aludir que se convertiría en el mejor perro de la ciudad, ganando medallas de honor por su valentía contra los más despiadados criminales.

Comencé acariciar su cabeza ancha y estrecha, a jugar un poco con sus orejas largas que siempre mantenían erguidas. De repente, Alfred se detuvo en una gasolinera mientras Baxter se acercó a olfatear el pelo ondulado de Samanta, e inmediato, se lo recogió con un moño.

—Quítate que apestas —dijo, ahuyentándolo.

Becka estaba ocupada en sacarle la lengua a Alfred a través de la ventanilla, mientras él le echaba gasolina a la miniván. Alfred le hacía lo mismo, creo que ya estaba floreciendo un cariño especial entre ellos. Ahora Becka le hacía muecas, y él le seguía el juego, pero ese tonto juego fue interrumpido por un horrible rostro que se asomó por la ventanilla. Fue algo inesperado, y eso la espantó, causando un grito que por poco estalla mis tímpanos.

Al que no le gustó fue a Baxter, pues reaccionó mostrando su hocico afilado, colisionándolo contra el vidrio. Los ladridos no se detenían, sobresaliéndole su instinto guardián, un comportamiento agresivo que hace mucho no mostraba.

—Oye, cuidado, no hagas eso, si no quieres que nuestro perro te arranque la garganta —dijo Alfred, retirando al hombre de la ventanilla.

—¿Para dónde se dirige esta linda familia? —dijo el hombre en un tono gracioso.

—Vamos a Southampton, queremos pasar unas maravillosas vacaciones.

Lo decía de una manera tan simpática que le hacía creer al desconocido hombre que en verdad éramos una familia feliz. Con lo que no contó fue que Samanta le expresó todo su amor con un cariñoso y vulgar gesto con la mano a través de la ventanilla. Alfred miró a Samanta con los ojos entornados, por lo que luego tuvo que dejar a un lado su divertido entusiasmo.

Noté que el hombre no tenía la intención de estar entrometiéndose en los problemas privados de esta bella familia, por eso fue sincero con Alfred.

—Necesito que me ayuden, sé que son buenos cristianos —dijo el hombre, sólo faltó que se arrodillara.

—¿En qué puedo ayudarte, muchacho?

—Necesito ir a Cloverfield…

—No sé cómo ayudarte, deberías tomar mejor el autobús.

—No se preocupe por eso, me quedare en el primer pueblo y luego ustedes sigue su camino.

Ese silencio de Alfred confirmaría que iba a ayudar al extraño, era fácil adivinar que estaba pasando por su mente, seguro en las palabras prodigiosas del pastor, de cómo ser un buen samaritano y extender siempre una bondadosa mano al prójimo.

—Suba, lo llevaré.

La felicidad del desconocido hombre era como la de un niño cuando le esparcen confeti en la cabeza, y lo demostró dándole un beso en su carrasposa mejilla porque creo que nunca aprendió afeitarse.

—Calma, muchacho, calma —dijo, limpiándose la mejilla.

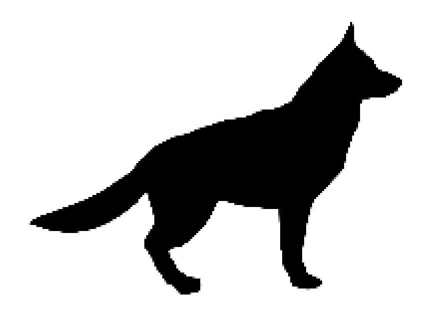
—Por cierto, me llamo Jack.

Tuve que decirle a Baxter que todo estaba bien, que no representaba un peligro para Becka. Sin embargo, no le quitaba la mirada de encima, por si le daba algún ataque de esquizofrenia y querría asesinarnos. Siempre estuvo alerta, incluso, le ladró en varias ocasiones advirtiéndole que si hacia algo en contra de nosotros, le desfiguraría el rostro sin piedad.

—Qué lindo perrito —lo único que logró decir invadido de pánico.

Se ubicó en la parte de atrás de la miniván, y luego con la mirada le informé a Alfred que mejor le dedicara tiempo a tratar de avanzar, no deseábamos dormir en el auto con un desconocido.

Papá nunca dejaría que un extraño entrara a nuestro coche, pero los corazones caritativos de nuestros padres adoptivos pareciera que no les importara mucho lo que nos sucediera. Tal vez eran muy inocentes, y en ese sentido, no poseían el coraje de acero de papá. Ahora es mi turno adquirir su linaje, y seré yo quien cuide de mis hermanos.



Cuando la policía fue informada de que un desconocido rondaba dentro de la casa de los Miller, mi padre había entrado con Baxter y su sigiloso olfato en el oscuro pasillo detectó al ladrón, pero antes de que llegara a lo alto de los peldaños de mármol, Baxter había puesto a funcionar su hocico triturador. Papá tuvo que ordenarle que se detuviera, pues la intención de Baxter era arrancarle el muslo derecho.

Por eso me gustaba comer con papá, pues cada noche era una historia nueva llena de adrenalina. Siempre en la primera plana aparecía mi padre al lado de Baxter, le decían la pareja del millón de dólares, pues eran una amenaza latente para los más escurridizos

criminales.

Doy un vistazo por encima del hombro, y el extraño me sonríe, sin enseñar los dientes.

—¿Cómo te llamas? —dijo

—Dylan.

—Mucho gusto, soy Jack…

Enseguida Alfred balbució unas palabras de protesta, al parecer se le había descompuesto la radio. Por fin algo bueno en este viaje.

—¿Por qué tu perro no deja de mirarme?

—Él está entrenado para matar, y probablemente piensa que tú eres una amenaza para nosotros.

—Dile que no soy una amenaza.

—No puedo, es su instinto de protector.

—¿Puedo tocarlo?

—Ni lo intentes, sólo quédate atrás y no digas nada.

Mi padre había salido de casa en medio de una discusión entre Samanta y mi madre, esta había intentado convencer a Samanta para que la acompañara a la peluquería. Sin pensarlo, Samanta dio un bramido escalofriante: «¡Antes me muero!». Mi padre sin decir nada había metido su revista en el bolsillo de su pantalón y había cogido las llaves del coche del perchero que había junto a la puerta y había salido con sigilo.

Después de cinco horas, oí que la puerta se abrió y se cerró, entrando una fría brisa por mi ventana. Mi padre no sonreía como siempre lo hacía cada vez que llagaba a casa, sólo abrazó con fuerza a mi madre y nos encajó la noticia de que Charlie se había suicidado… Era su mejor amigo, era como de la familia; incluso, Becka le decía el tío Charlie.

—¿Qué sucede? —dijo Alfred.

Guardamos silencio ante la violenta frenada, pero Alfred parecía estar molesto a pesar de que el desconocido por poco sale despedido por el parabrisas, y lo puso a dudar si tenía suficiente experiencia en conducción.

—Descuida, muchacho… Solo que tenemos un pequeño problema.

Buscamos el problema con la mirada, hasta que lo vimos acercarse por la carretera. Era un hombre robusto, como si perteneciera al escuadrón antiterrorismo que a veces pasaban en las películas de acción. Además, el rasgo de su rostro evidenciaba que no estaba para bromas, así que Alfred se abstendría de actuar como comediante y decir sus historias que no causaban ninguna gracia.

Aún el hombre seguía manifestando su letrero que decía PARE, por lo que Alfred tuvo que bajar la ventanilla, y miró fijamente al oficial, aunque no estaba muy seguro si en verdad era uno de ellos.

—¿Ocurre algo? —dijo Alfred.

—No pueden pasar.

—Necesitamos llegar a Southampton.

—No se nos permite dar información de lo que está pasando, por eso debe tomar una vía alterna.

—¿Vía alterna?

—No se altere, no tiene otra opción. Al menos que quiera que me lo lleve preso por desobedecer una orden de un agente del gobierno.

Entrabamos a la habitación secreta la mayoría de veces, pues a Becka y a mí nos encantaba los cuadros de mamá, sobre todo cuando dibujaba ciudades futuristas, por tanto, acabábamos fascinados por la maravillosa ciencia ficción que había en su mente y que nos trasportaba en ocasiones a ciudades del futuro algo tenebrosas.

Luego Becka y yo nos tumbamos en el césped bajo el arce rojo. Yo fingía que era un viajero del futuro y ella, la niña que tenía que atrapar, mientras Baxter se acurrucaba en sus pies. Becka poseía poderes sobrenaturales y siempre acabamos riendo a carcajadas, por muy serias que parecían nuestras historias de ciencia ficción. Becka le decía al viajero del futuro que, si quería continuar viviendo, que no

podía quedarse atrapado el resto de su vida paralizado en el tiempo. Yo reaccionaba de manera tormentosa y enloquecía, por lo que comencé atacarla, pero siempre me derrotaba. Al final, tuve que devolverme a mi tiempo.

Ahora Becka dormía junto a Baxter, mientras Alfred seguía enfadado porque tuvo que tomar la vía alterna, un camino que no conocía muy bien.

—Oye, no te parece raro algo —dijo el desconocido.

—¿De qué hablas? —dije, molesto por la situación, pues creo que no llegaremos a Southampton antes de la medianoche.

—El coche que estaba detrás de nosotros, ya no está…

—¿Y eso qué?

—Que debería estarlo, pues se supone que si la vía principal está cerrada…

—Seguro se averió, yo que sé… Que nos importa.

Yo era el hijo de un policía, y sabía cuándo algo andaba mal. Por eso estaba perpetuamente encargado de cuidar a mi hermana pequeña. Becka no era lo suficiente fuerte para defenderse sola, además, ella era un futuro cerebro, lo que significaba que gozaba de libertad para pasar las mejores vacaciones de verano. Por ejemplo, le gustaba dibujar con todo detalle avispones asesinos en papel milimetrado con sus ciento cuarenta lápices de colores prisma.

**BIENVENIDOS**
**HILL DARMOND**

—Con solo leer ese nombre se me revolvió el estómago —dijo Samanta.

—Nunca había oído hablar de este pueblo —dijo Alfred—, pero creo que habrá más pueblos desconocidos que nunca conoceremos.

—Pues ya conoce el primero —dijo el extraño.

Me parecía una tontería preocuparse por un simple pueblo, como

si nos fuéramos a alojar en uno de sus hoteles de cinco estrellas. Más bien me preocupa no llegar a tiempo, aunque Baxter comenzó actuar algo extraño, no dejaba de ladrar y estaba algo inquieto.

—Haz que Baxter se calle, trato de conducir —dijo Alfred.

Tuve que decirle a Becka que lo calmara, era la única que lo podía hacer, además, nunca había visto a Baxter tan impaciente, como si algo lo pusiera nervioso. Empecé acariciar su pelo duro y áspero, mientras miraba casi a todas las direcciones. Necesitaba saber que era lo que lo estaba alterando tanto, pero no hallé nada, seguro vio algún animal rondar entre los altos y frondosos pinos que bordeaban la carretera.

Entre los ladridos de Baxter nos llegó un olor desagradable, como si algo se estuviera pudriendo, y no sabíamos de dónde provenía ese maldito olor.

—Alguien no se bañó —dijo Samanta.

—Debe ser algún animal muerto —dijo Jack, sin que nadie solicitara su opinión.

Becka comenzó a tranquilizar a Baxter dándole un acogedor abrazo, y al mismo tiempo, acariciándole la comisura labial. De diez ladridos, pasó a tres, y luego a nada, sólo a posarse sobre sus rodillas.

—Miren eso, parece un sitio agradable —dijo Alfred.

Era un pueblo muy pequeño, pues sin recorrer mucho ya estábamos observando las fachadas al estilo fronterizo que adornaban el área del centro del pueblo y las vitrinas victorianas de las tiendas.

—Más bien parece un pueblo fantasma —dijo Samanta.

—Es un lugar pequeño, seguro no hay nada que a hacer —dijo Jack.

Samanta y yo, nos miramos, estábamos maravillados al escuchar sus grandes conocimientos sobre pueblos. Creo que era un idiota.

—Qué alivio que se fue ese asqueroso olor —dijo Becka, rozando sus dedos en la panza de Baxter.

—Cuida tus palabras, niña —dijo Gemma, mientras buscaba algo en la guantera.

Alfred estacionaba la miniván junto a la gasolinera, delimitando el camino que conducía a la puerta del minimarket.

—¿Quieren comer algo? —dijo Alfred.

—Muero de hambre —dije.

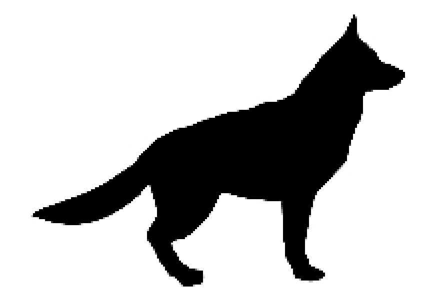
Cuando todos salimos del coche, Jack se volvió rápidamente y se alejó.

—¿Para dónde vas, muchacho? —dijo Alfred.

—Buscaré un baño.

Por un momento no pude apartar los ojos de Jack, pero después entramos al minimarket y lo perdí de vista. Además, ya me fastidiaba oír los rugidos que salían del estómago de Becka. Sin embargo, ahora centré mi atención en el hombre que estaba ubicado al frente de la caja registradora.

—Las legumbres ya no sirven —dijo.



Durante una leve tormenta de nieve un camión de limpieza había perdido el control, entrando en la intersección a una alta velocidad estrellándose contra el lateral derecho del auto del oficial Graham Wilson y su esposa Lorraine… Es lo primero que salió en las noticias después del trágico accidente donde murieron mis padres. No quería recordarlo, prácticamente arruinó nuestras vidas, incluso, recordar a Baxter echarse al lado del ataúd de mi padre, me hizo entender que el amor de un perro hacia su dueño iba más allá de unos simples lengüetazos en las mañanas…

—Oye, niña, ¿vas a pagar por eso? —dijo el hombre tras el

mostrador.

Becka había mordido y al mismo tiempo, escupido un chocolate *Twix* mientras buscaba las golosinas agridulces que tanto le gustaba. En cambio, Samanta trataría de introducir su licor entre las frutas, la leche y el pan; pero no creo que lo logre, pues Alfred no es tan tonto como aparenta.

—Claro, que lo pagará —dije, mostrándole un billete de cien dólares.

El hombre no dejaba de mirarme, algo creció dentro de su mirada como la mala hierba. Al parecer no le caí nada bien, aunque no era algo que me importara mucho. Por eso, eché más chocolates *Twix* a la cesta, mientras Baxter quería que le comprara sus croquetas favoritas, pero por más que escudriñé no hallé ninguna con el nombre de Royal Canin.

—Lo siento, amigo, confórmate con estas croquetas, también se ven ricas —dije.

Alfred ubicó la cesta con todas las cosas en el mostrador, sonriéndole al hombre sin sonrisa, pues parecía como si estuviera odiando su trabajo. Y por los gestos de Samanta, supongo que no logró ocultar el licor, le va a tocar beber solo leche antes de irse a dormir.

—¿Recibe tarjeta de crédito? —dijo Alfred, quizá pensó que aquí aún vivían cavernícolas.

—Claro, señor.

—¿Y dónde están todos?

—En sus casas, señor.

—Parece que nos les gusta salir mucho.

—Que tenga un buen viaje, señor.

Qué le pasa a Alfred, por qué dialogaba con ese retrasado, que parecía como si hubiese salido de un campamento militar. Mejor le comuniqué que nos marcháramos, no pretendía quedarme más en este asqueroso lugar y, además, ya quería nadar, quería desafiar las olas de Southampton.

Fui el último en subirme a la miniván, pero creo que la costumbre

de Jack era aparecerse repentinamente, pues su patético rostro volvió asomarse por la ventanilla. Esta vez asustó a Samanta.

—¡IDIOTA! —dijo.

—Pensé que te quedarías aquí, muchacho —dijo Alfred, mientras intentaba encender el auto.

—Este lugar me da miedo, no me gusta. Además, tiene un olorcito que me desagrada.

Por fin en algo estábamos de acuerdo, aunque eso no significaba que me caí bien. Al ingresar al coche, vi como Jack se llevaba el vaso de medio litro de cerveza a los labios y el líquido dorado le entraba en la boca estrepitosamente. Quería decirle que no era la última cerveza del mundo, pero no pretendía que después se hiciera el gracioso conmigo.

—Mejor me quedo en el siguiente pueblo, si no les importa —dijo, secándose los labios con las manos.

Todos teníamos las miradas puestas en Alfred, preguntándonos por qué diablos no avanzábamos. Él no contestaba a nuestros gestos visuales, sólo podía ver un leve sudor empapar su cara.

—El auto no enciende —por fin Alfred dijo algo.

Samanta negó con la cabeza, y Gemma frunció el entrecejo, sobrecogida.

—Lo que faltaba —dije.

—Lo revisaré —dijo Jack—. Sé de coches.

Alfred abrió el capó de la miniván y Jack comenzó a examinarlo. Yo no sabía mucho de autos, pero creo que debe ser un problema en el sistema eléctrico. El extraño le indicaba con las manos a Alfred que volviera a intentar prender el auto. Nada, absolutamente nada ocurría.

—La mayoría de las veces sucede porque la batería está fallando o está dañada —dijo Jack — ¿Cuándo fue la última vez que lo llevaron a un buen mantenimiento?

—No más de tres meses —dijo Alfred.

—Qué extraño…

—¿Qué pasa?

—Pienso que también podría deberse a un alternador en mal estado.

Jack solo daba demasiadas suposiciones, nada preciso. No sé si creerle que en verdad sabía de coches.

—¿Puedes repararlo sí, o no? —dije.

—Me tardaría un poco.

— Alfred y yo podemos ayudarte, y así podemos irnos de este asqueroso pueblo de una vez.

—Me parece una buena idea.

En ese momento apareció detrás de nosotros el hombre del minimarket. Estaba despeinado y con los ojos medios cerrados, pero soltó un amable «¿por qué no se alojan esta noche en el Hostal Darmond?» mientras miraba lo que Jack le hacía a la miniván.

—¿Por qué todo aquí es Darmond? ¿Qué diablo es Darmond? —dijo Samanta.

—Ten cuidado con lo que dices, señorita —dijo Gemma, que estaba de espaldas a nosotros buscando cobertura de su celular.

—Sólo es un nombre, niña —el hombre bostezó sonoramente.

—Necesitamos llegar a Southampton lo más pronto, pero gracias por su invitación —dijo Alfred.

—No creo que lleguen hoy, además, ya va anochecer y la carretera durante la noche suele ponerse peligrosa.

Jack miró a Alfred, y se encogió de hombros. Luego él comenzó a mirar a uno por uno, queriendo encontrar aceptación en nuestras caras, pero Samanta y yo negamos con la cabeza, casi podía afirmar que la ira se lograba ver claramente en nuestros ojos. La única que asintió con un agradable gesto fue Gemma, seguro no deseaba contradecir al amor de su vida.

Alfred volvió a mirarnos, pero esta vez con ese pequeño retraso casi imperceptible que se produce cuando el cerebro tiene que elegir entre dos alternativas.

—Nos quedamos —dijo, cerrando el capó.

Su respuesta fue muy rápida, tan rápida como para que no tuviéramos tiempo de discutirla.

—Púdrete —dijo Samanta, y se entró al auto.

En cambio, yo me agaché y comencé acariciar a Baxter que no dejaba de ladrarle al hombre que parecía estar decepcionado de nosotros.

—Él está haciendo las cosas mal —dijo el hombre.

—¿Dijiste qué sabías de coches? —dije.

—Sé la diferencia entre un Ferrari y un Mclaren.

—Que gracioso.

No hubo risas, solo el zumbido de un coche en la calle.

—El primer auto que veo pasar por aquí —dijo Alfred.

Nadie, absolutamente nadie, le puso cuidado a lo que dijo… Aunque, no estaba muy seguro, pero creo que aquel hombre se le notaba que había bebido, quizá por eso Baxter le estaba ladrando con tanta insistencia. El hombre levantó el brazo y con su mano apretó el hombro de Jack.

—También soy mecánico y puedo ayudarlos, solo que ahora quiero irme a descansar —dijo el hombre disculpándose con la mirada, con el brillo del alcohol en los ojos.

—Muy amable buen hombre —dijo Alfred.

—Mi nombre es Harry, para servirles.

—¿Harry qué? —dijo Gemma de repente.

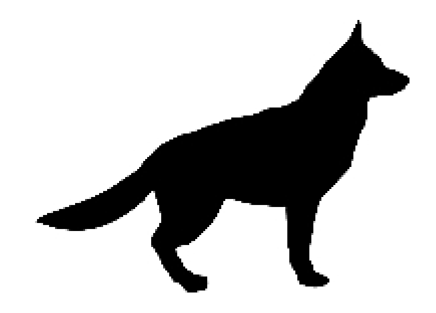
—Sólo Harry, o el viejo Harry como me dicen todos.

Alfred ladeó la cabeza indicando que debíamos irnos hacia el Hostal Darmond, luego él besó rápidamente a Gemma en la boca y se alejaron calle abajo.

—¿No vienen? —dijo Alfred.

No había nada que decir, sabíamos que sólo estaba llevándonos la contraría; aunque Samanta si tenía algo que decir:

—¡MUÉRETE!



## HOSTAL DARMOND

La recepcionista del Hostal Darmond se llamaba Alyn, era muy sonriente y tenía una piel tan blanca como una ardilla albina. Detrás del mostrador, había un letrero donde se leía RECPCIÓN en letras escarlatas. Ya que ni Alfred y Gemma, ni Samanta y Jack estaban especialmente preocupados por la ortografía, porque parecía que el letrero llevaba décadas sin corregirse.

—Queremos hospedarnos —dijo Alfred.

—¿El perro viene con ustedes? —dijo la recepcionista.

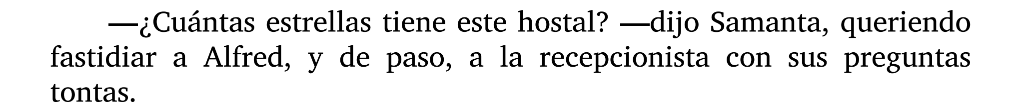
—Sí. Espero que no haya ningún problema con que se quede.

—No, también es bienvenido. ¿Quiere una habitación compartida o privada?

—De hecho, una privada y una compartida. ¿Supongo que recibe tarjeta de crédito?

—Claro, señor.

La recepcionista puso las llaves en el mostrador.



—¿Cuántas estrellas tiene este hostal? —dijo Samanta, queriendo fastidiar a Alfred, y de paso, a la recepcionista con sus preguntas tontas.

—Tiene dos estrellas, señorita.

—Sólo dos, debería haber un hostal de cinco estrellas en este lugar.

—Discúlpela, usted entiende, así son los adolescentes —dijo Alfred.

—Los hostales no llegan a cinco estrellas, sólo hasta a tres… Lo que significa: que está en el mejor hostal del pueblo. Habitación nueve y diez, y gracias por su estadía.

Subimos por las escaleras porque ni siquiera había un ascensor, pero por fortuna las escaleras no eran desgastantes. Jack se despojó de la rústica chaqueta y noté que su camisa celeste estaba empapada en sudor. Debe de estar enfermo, porque el frío ya empieza a encalar mis huesos.

—Parece que somos los únicos en este hostal —dijo Samanta.

—No seas ave de mal agüero, sólo descansan —dijo Gemma.

Jack introdujo la llave y abrió la mano derecha para luego apretar el pomo que abría la puerta de la habitación siete. Seguimos por el angosto pasillo mientras el suelo protestaba por nuestro peso, con una sinfonía de estremecimientos y crujidos. La habitación de Alfred y Gemma estaba en buen estado, aunque el moho había invadido un poco la nuestra, seguro era la ventana rota que había dejado entrar la lluvia.

—Menos mal era un hostal de dos estrellas, no quiero imaginarme si hubiese sido de una estrella —dijo Samanta, observando qué cama escoger.

—Ya, no te quejes… Yo escojo esta cama —dije, lanzándome en ella y causando un chirrido áspero.

—Justo para tener sexo.

—Que no te oiga Alfred.

Ya una luz débil brillaba a través de la ventana, y de paso, impactaba en el rostro de Becka que no dejaba de mirar hacia la calle.

—¿Qué tanto ves? —dije.

—Creo que alguien nos observa —dijo, apretando con sus manos el peluche en forma de un lobo siberiano.

Exhausto, me descendí de la cama, ubicándome al lado de Becka. Intenté ver a la persona que nos observaba.

—No veo nada —dije.

—Justo ahí… —dijo, y por motivos que no era capaz de explicar, Becka señalaba algo que no existía.

—Ya, déjala en paz —dijo Samanta—. Por lo menos sabemos que hay vida en este pueblo.

Me sentí como un tonto tratando de ver lo que Becka señalaba, así que la abracé para retirarla de la ventana.

—Mejor escoge tu cama —dije.

—Ya Baxter lo escogió por mí —dijo con una larga sonrisa.

Una sonrisa que extrañaba, pues después de la muerte de nuestros padres no volví a oír el tierno y tintineante tono de su risa.

—¡No, Baxter! Esa es mía —dije.

En ocasiones las pesadillas me perseguían, mi mente aún no podía borrar la imagen de sus maltrechos rostros granizados y sus pálidos brazos extendidos y desangrándose como si intentaran salir por la ventanilla del coche escarbando con las manos. Después de las pesadillas me pasó casi todas las noches tratando de poner en orden mis pensamientos acerca de lo que pasó aquel día a partir de recuerdos, escenas retrospectivas y sueños. En un intento de encontrarle sentido y verlo con claridad, pero el ruido que hacía la cama de Becka era como si alguien estuviera arañando un plato con el tenedor, lo cual me había puesto de malhumor.

—¡DEJA DE HACER ESO! —dije.

Becka y Baxter se quedaron quietos, no me quitaban la mirada de encima. Yo sabía que estuvo mal en gritarle; pero no podía seguir soportando ese maldito sonido estridente que me estaba volviendo loco.

—Eres malo —dijo Becka, dándome la espalda y abrazando a Baxter.

Alfred casi tenía miedo de abrir la puerta de la habitación, pero cuando finalmente lo había hecho, nadie estaba de ánimos para hablar con él.

—Nuestra habitación esta mejor —dijo, queriendo hacerse el gracioso.

Él parecía un sacristán, por eso el sarcasmo no le quedaba, así que todos lo ignoramos.

—Mejor me voy —dijo.

Nos costó mucho quedarnos serios para no hacerlo sentir mal, pero que importa, así que mejor soltamos una carcajada, y entrechocamos las manos.

—Es un imbécil —dijo Samanta.

—No digas eso, él es una buena persona —dije, buscando la mochila.

La mejor idea era pasar un buen momento con mis hermanos, por lo que esos recuerdos que habían emergido de las sombras, preguntándome por qué de este comportamiento, en alguien que no era. De qué sirve. Entonces vacié la mochila, dejando caer todo lo que había comprado en el minimarket.

—Aquí tienes —le dije a Becka, dejándole un poco más de cuatro chocolates *Twix,* además, era una forma de pedirle perdón.

—No quiero esos chocolates, saben horrible —dijo.

—Si son los mejores que hay.

—Pero saben...

No podía creer que el chocolate *Twix* tuviera un sabor desagradable, así que le quité le envoltura y le di un letal mordico, fue tan letal, pero para mí paladar. Becka tenía razón, el chocolate era tóxico.

—Te lo dije —dijo Becka en un tono burlón.

Examiné la envoltura unos segundos y descubrí que los chocolates ya habían vencido hace casi dos décadas. Por poco muero…

—Servicio de habitación —dijo alguien al otro lado de la puerta.

Becka fue la que abrió, y Baxter no dejaba de ladrar. Era la recepcionista con una bandeja de bienvenida, aunque después de ver que el chocolate estaba vencido, no me iba a arriesgar a comer algo que proviniera de este lugar.

—Gracias, no tenemos hambre —dije.

—Es cortesía del hostal.

—No, gracias. Muy amable.

Después de eso, la recepcionista me sostuvo la mirada, y sus ojos parecían estar internándose en un incómodo silencio. Enseguida, miró a Baxter.

—Tengo algo para su perro —dijo.

Ella alzó el cloche mostrándome esquicitos trozos de carne, y seguramente a Baxter le encantará. Lo que deseaba era descansar de Baxter, pues lo único que había hecho era ladrar desde que llagamos. La comida quizá lo tendrá inactivo durante toda la noche, por lo que acepté sin pensarlo mucho. Enseguida, le esbocé una falsa sonrisa a la mujer que parecía estar incluso más feliz que yo.

—Muy amable, señora. El perro se lo agradecerá —dije, y cerré la puerta.

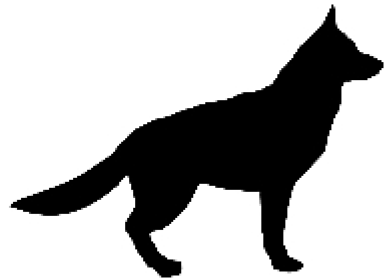
Ubiqué el plato en el suelo con los trozos de carne, pero Baxter sólo la olfateo y luego se marchó, ubicándose al lado de Becka.

—Oye, ¿por qué no comes? —dije.

—No te va a responder —dijo Samanta, con su cabeza apoyada en la almohada y los ojos cerrados.

—Papá decía que cuando Baxter no comía era porque había algo en su comida —dijo Becka.

Entonces ella subió a Baxter a la cama y se acostaron, resguardándose bajo el descolorido edredón como si fuera un cómodo nido.



Abrí los ojos y escuché como crujían las paredes por los desesperantes ladridos de Baxter. Miré el reloj:

**01: 07 a. m.**

—Silencio Baxter, trato de dormir —dije, arrojándole una almohada.

Pero había otro sonido, un sonido extraño. Un sonido del exterior.

Baxter ladraba insistentemente hacia la calle, y tuve que levantarme de la cama, tenía que averiguar lo que quería. Me acerqué a la ventana, y retiré un poco la cortina. Había húmeda en el asfalto. La calle parecía estar en un silencio absorbente y la luz de la luna se reflejaba en los frondosos árboles que bordeaban el pueblo. Mi mirada se deslizó desde las fachadas hasta algunas vitrinas de las tiendas, sin saber muy bien lo que buscaba. Baxter volvió a ladrar de nuevo.

—No empieces otra vez —dije.

Pero mi mirada se detuvo, mis ojos temblaron. Me eché para atrás y desperté a Becka junto con el miedo que se había apoderado de mí. Vi que Samanta estaba al borde de la cama, solo tuve que darle un empujón para que cayera, y así evitar darle una explicación.

—HIJO DE PU… —dijo Samanta, desde del suelo.

—¿Qué ocurre? —dijo Becka semidormida.

Baxter comenzó a rasgar la puerta, y nos comenzó a ladrar.

—¿Qué le pasa a Baxter? —dijo Samanta frotándose la cabeza— ¿Se volvió loco?

—Quiere que salgamos rápido de la habitación.

—¿Por qué? Yo quiero seguir durmiendo.

—Tenemos que despertar a Alfred y a Gemma.

Samanta me siguió con la vista, frunciendo el entrecejo.

—¿Dime qué sucede?, o si no me volveré acostar.

Samanta y Becka se miraron entre ellas, y también las miré durante un desagradable instante. Sus ojos brillosos de sueño reflejaban mi rostro pálido, pues el temor estaba emborronando mis gestos difusos.

—Alguien viene hacia acá —dije.

—Es un hostal, la gente entra y sale. ¿Qué hay con eso?

—Tu no entiendes…

—Entonces explícame o… Sino Becka y yo no iremos a dormir.

Los dos hombres que vi eran corpulentos y vestían ropa negra, pero no sólo eso, llevaban mascaras plateadas, aterradoras, reflejando en ellas unos rostros tristes. El sonido extraño, era porque uno de ellos golpeaba su hacha contra el asfalto, emitiendo un ruido amenazador.

—Alguien viene a asesinarnos… —dije.

—No será algunas de tus pesadillas.

Al parecer Samanta no me creía, ella pensaba que lo había soñado todo, pero Baxter ya sabía que uno de ellos había entrado al hostal, y empuñaba con fuerza un cuchillo de caza.

Becka era la que estaba más cerca de la salida, así que tomé su mano mientras Baxter seguía ladrándonos y rasgando la puerta. Era el momento de salir de la habitación.

—Sígueme Samanta, y no te separes de mi —dije, mirando por el angosto pasillo.

Los ojos de Becka se mostraban cautelosos, y Samanta no ocultaba el desagrado a la idea de irnos de la habitación. Entonces aspiré largo, lento, ruidosamente, como si quisiera succionar algo más que aire.

—Hay que ir por Gemma y Alfred —dije.

Samanta aún no conseguía entender lo que estaba pasando, en cambio, Baxter si podía olfatear el peligro que nos acechaba, por lo que fue el primero en rasgar la puerta de la habitación de nuestros padres adoptivos. Ladraba y rasgaba, ladraba y rasgaba…

—Vas a despertar a los otros huéspedes, perro tonto —dijo Samanta.

—Hay que advertirle de lo que ocurre.

—¡BASTA YA! Si esto es una broma te voy a…

Finalmente, la puerta se abrió. Baxter comenzó a ladrarle a Alfred que parecía estar todavía dormido. Se frotó los ojos y bostezó en repetidas ocasiones.

—¿Qué pasa Baxter?, ¿quieres ir al baño?

—Tenemos que irnos… —dije.

—¿Qué hacen despiertos a esta hora? Si apenas es un poca más de medianoche

—Yo me pregunto lo mismo.

Alfred atravesó a oscuras la habitación y despertó a Gemma, pero lo hizo de una manera dudosa, pues tampoco sabía lo que estaba ocurriendo. Seguro lo hacía porque confiaba en mí, y en Baxter, que nos indicaba que debíamos abrir la puerta de la última habitación.

—¿Ahora qué quiere Baxter? —dijo Samanta.

—Que lo sigamos.

Yo no soltaba la mano de Becka, mientras veía a Gemma decirle a Alfred que yo era un chico rebelde y que sólo estaba tratando de llamar la atención. Comenzaron a discutir, como si fuera el momento de hacerlo. El miedo crecía a cada instante, hasta que vi en medio de la oscuridad del pasillo una figura extrañamente irregular que se dirigía hacia nosotros.

—¡Qué esperan! ¡Ya viene! —dije.

Alfred levantó a Gemma y la puso junto a mí. Ella mi miró, y creo que estaba decepcionada de mí. También Parecía estar odiándome. Pero yo seguía mirando hacia el pasillo, dudando, porque no quería que ellos se dieran cuenta de lo que había visto hasta que estuvieran a salvo.

—Hablaremos de esto mañana, jovencito —dijo Gemma.

Baxter continuaba ladrando y con gestos muy rápidos nos indicaba que era el momento de entrar. Samanta seguía riéndose de mí, porque según ella estaba poniendo en caos una noche que parecía iba a ser normal.

—Por favor, detente ya. Esto es una locura —dijo Samanta.

—Muévete, me lo agradecerás —dije.

—Espero que no sea una de tus bromas —dijo Alfred.

—Mira a Baxter, él no bromea.

Papá siempre había confiado en Baxter, por eso debíamos ingresar a la última habitación que se hallaba al final del pasillo.

—¿Qué pasará con Jack? —dijo Alfred.

—Él puede cuidarse solo —dije.

Me apresuré abrir la puerta mientras Samanta se negaba a entrar, hasta que Baxter levantó sus dos patas delanteras y la empujó, causando que su ira explotara más que una bomba termonuclear.

—No vuelvas hacer eso estúpido perro, o si no te llevo a la perrera.

—Así se hace Baxter, buen chico.

En realidad, trataba de proteger a mi familia, pues aún no sabía muy bien las verdaderas intenciones de los dos hombres que vi, o si sólo estaban jugando, o quizá en estos pueblos les gusten estas clases de bromas, pero mientras tanto, yo tenía que cerciorarme de que todo esté bien, de que nada horrible les ocurriera.

Notaba a Becka temblorosa y confundida, y el último en entrar a la habitación fue Alfred, pero antes tuve que soportar sus malos comentarios, pues no dejaban de murmurar contra mí.

—¿Por qué entramos aquí? —dijo Samanta.

No se podía ver nada, y había un fuerte olor a humedad. Daban ganas de vomitar. Y para mi mala suerte, no encontraba el interruptor para conseguir que la habitación se iluminara.

—¿Y si aplaudimos? Yo he visto en las películas que cuando uno aplaude toda la habitación se ilumina como por arte de magia.

—No te hagas la graciosa, que no es el momento.

El comportamiento infantil de Samanta causó una desesperante lluvia de aplausos en toda la habitación, sin mencionar lo que dijo Alfred:

—Deja de hacer eso, vas a despertar al huésped.

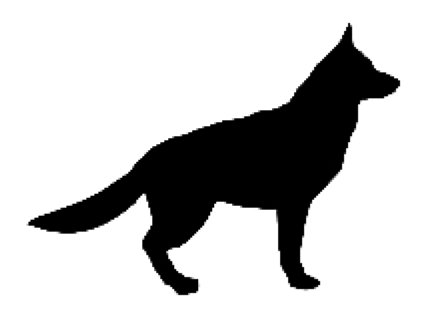
Tuve que contraer mis palabras para no decirle que era un imbécil, era más que lógico que en la habitación no había nadie, quién podría soportar este maldito y desagradable olor.

—¿Qué hacemos aquí? —dijo Gemma.

Ahora no estaba para responder preguntas. Me concentré en la puerta, y en los enérgicos ladridos de Baxter, creo que eran para advertirnos de algo que sólo él percibía.

—¿Qué pasa? —dijo Alfred.

Baxter detuvo sus ladridos de repente, y todo fue silencio, hasta que oímos una extraña sonrisa desde el otro lado de la puerta.



Todos habían oído la risita extraña, incluso, oímos pasos tan sigilosos como sombríos. Yo, seguía buscando el maldito interruptor, pero alguien comenzó a golpear la puerta.

—Debe ser que algún huésped está buscando el baño —dijo Alfred.

—¡Vete! Aquí no es el baño —dijo Samanta, pero ya con un tono nervioso.

Cuando oímos que alguien intentaba girar el pomo de la habitación, supe que este iba a ceder… Finalmente, pude accionar el interruptor de la pared, oyéndose un chispazo y una luz parpadeante iluminó el cuarto. Gemma se veía algo gris, creo que estaba espantada, aunque Alfred se mostraba reservado.

—Se detuvo —dijo Samanta.

Lo que no se detuvo fueron los ladridos de Baxter, y luego empezó a olfatear por debajo de la puerta. Después noté algo en los ojos de nuestro amigo peludo, ese brillo intenso en su mirada, indicándonos que algo muy malo estaba por suceder.

—¿Por qué Baxter nos mira así? —dijo Becka.

—Sólo quiere que no salgamos, él nos está protegiendo —dije, mientras me alejaba de la puerta.

Los golpes en la puerta no se volvieron a escuchar, y ya nadie intentaba abrir la habitación. A lo mejor Alfred tenía razón, era un huésped buscando el baño. Sin embargo, comenzamos a sentirnos

raros, me imaginaba que alguien nos estaba observando, que seguía allí, detrás de la puerta. Creo que la paranoia quería invadir mi mente, pues sentía que nos escrutaba a través de las grietas y agujeros en las paredes.

Pese a que la luz era algo débil, un brillo un poco más intenso descendía con dirección a un par de camas pequeñas, todavía cubiertas con sabanas polvorientas. Supe, de algún modo, que ese había sido el dormitorio de dos niños. Quizás antes de ser un hotel fue una casa…

—Basta ya, yo me voy de aquí —dijo Samanta de repente.

—Ni lo pienses, aún no sabemos que hay allá afuera.

—¡NADA! ¡NO HAY NADA!

—Entiende, debemos permanecer unidos.

Entonces noté que Becka señalaba algo con su mano, y al parecer se encontraba debajo de una de las camas. Dejé que Samanta discutiera sola, y me arrodillé para mirar. Era una maleta vieja.

—¿Qué haces? —dijo Gemma, sin soltar la mano de Alfred.

Tiré de la maleta para sacarla y manipulé torpemente sus destrozadas correas de cuero. Se abrió con facilidad…, pero salvo por una familia de escarabajos muertos que espantaron a Becka, estaba vacía.

Dejé a un lado la maleta, porque advertí algo en lo que no había reparado antes. Esta vez era un baúl, asomándose debajo de la segunda cama. Fui hasta allí y aparté la sabana que lo ocultaba. Era un viejo baúl de viaje, estaba cerrado con un gran candado cubierto de óxido. Era imposible que estuviera vacío, pensé. Uno no cierra con llave un baúl vacío.

Lo agarré por los lados y tiré de él. No se movió. Volví a tirar, con más fuerza, pero no quiso ceder ni un milímetro. No creí que era así de pesado, más bien creo que años de humedad acumulada y polvo lo habían fusionado de algún modo con el suelo. Me levanté y le di unas cuantas patadas, lo que pareció no servir de nada.

—Se me hace que necesitas ayuda —dijo Alfred.

Con ayuda de Alfred conseguimos moverlo, él tirando primero de un lado y después yo del otro, haciéndolo avanzar como si se tratara de un refrigerador, hasta que salió por completo dejando un rastro de marcas en el suelo. Di un tirón al candado, pero a pesar de la gruesa costra de óxido parecía sólido como una roca. Consideré por un momento buscar una llave—tenía que estar en alguna parte—, pero podría haber perdido horas buscando, además, el candado estaba tan deteriorado que me pregunté si la llave funcionaría siquiera. Mi única opción era romperlo. Recorrí con la vista la habitación en busca de algo sólido y enseguida distinguí una barra suelta en el armazón de la cama. Tras unas cuantas patadas, repiqueteó en el suelo. Incrusté un extremo en el candado y tiré del otro hacia atrás. No sucedió nada.

—Si quieres busco en internet: ¿cómo abrir un baúl viejo con un candado oxidado? —dijo Samanta.

—Déjamelo a mí —dijo Alfred, alzándose las mangas de su camisa a cuadros.

Se dejó caer con todo el peso de su cuerpo sobre el candado. El baúl crujió un poco, pero eso fue todo.

—Ningún baúl viejo va a derrotarme —dijo Alfred.

Le dio una patada y tiró de la barra con todas sus fuerzas, con las venas a punto de estallarse en su cuello, chillando: «¡Ábrete, maldito seas, ábrete te digo!». Y entonces la barra resbaló, chocando violentamente contra el suelo y se quedó sin resuello. Permaneció tumbado allí y clavó la mirada en el techo, recuperando el aliento. Finalmente, mi frustración y cólera culminó: Alfred había abierto el baúl.

—Espero que haya lingotes de oro —dijo, algo exhausto.

Ante mi gran sorpresa, me daba la impresión de que había encontrado un baúl lleno de varias cámaras fotográficas y mochilas impermeables. Además, descubrí mapas, tarjetas de crédito y pasaportes. Continué buscando y hallé gafas de sol, auriculares, libros, móviles, cargadores y videocámaras. Pero al entornar los ojos pude distinguir algo más, y fue entonces cuando comprendí que no eran sólo accesorios de viaje, sino fragmentos de noticias de algunos periódicos.

—Seguro son cosas que no sirven —dijo Samanta.

—Cállate, y mejor ayúdame.

—Sabes que soy alérgica al polvo.

Seguí escudriñando el baúl mientras veía a Samanta respirar a través de su jersey con que se tapaba la nariz, manteniéndose apartada del baúl y de cualquier cosa horrenda que saliera de ahí.

—Miren esto —dije.

Agarré un trozo de papel, pero estaba asqueado y perplejo a partes iguales, al leer el encabezado.

***55 días han pasado desde la***
***desaparición de la familia Rodríguez.***

Debajo del encabezado había una fotografía, pero Alfred me arrebató el fragmento de la noticia.

—Al parecer era una familia latina —dijo.

—Lee aquí —dije.

***La familia Rodríguez fue vista por última vez en***
***la ruta 80 por testigos que confirmaron que...***

—Nosotros pasamos por esa ruta —dijo Gemma.

—¿Qué pasa? No entiendo nada —dijo Samanta, ya con una risita nerviosa.

Empecé a sacar más trozos de papel, y como lo sospechaba, había más encabezados con fotografías de familias desaparecidas.

—Familia Carter, familia Turner, familia Morris, la familia Cooper, familia Watson, la familia Coleman, familia Foster, la familia Griffin y aquí hay más… Todas estas familias no volvieron a sus casas.

Allí en pie, con un puñado de trozos de papel con noticias de familias desaparecidas por años. Me sentí que estaba ante un hotel sin vida plagada de secretos. Sin embargo, al leer el día en que

desaparecieron todos los fragmentos se me cayeron de las manos.

—¿Qué tienes? —dijo Alfred.

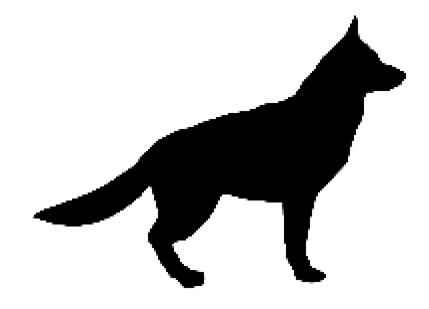
—¿Qué fecha es hoy? —pregunté mirando hacia los trozos de papel.

—14 de julio —dijo Samanta.

—Todas las desapariciones ocurrieron en el mes de julio, y el día trece de cada año.

—¿Qué hay con eso?

De repente, sonó un fuerte golpe procedente desde el otro lado de la puerta, por lo que se desembocó un sólido desprendimiento de ladridos. El corazón me latía a cien por hora, y algún profundo instinto de supervivencia me obligaba a decirles que debíamos permanecer en silencio.



Los golpes a la puerta no cesaban, y Becka se tapó los oídos con las manos. Enseguida me abrazó, mientras el pomo de la habitación comenzó a girar de nuevo. Nos quedamos inmóviles y le ordené a Baxter que se callara, pues sus ladridos no nos estaban ayudando mucho.

—¡Abran, soy Jack! Sé que están ahí.

Samanta al oír la voz de Jack se dejó caer en la cama, y parecía que el miedo la abandonó.

—Solo es el idiota —dijo Samanta.

—¿Quién le abre? —dijo Alfred.

Todos se quedaron en silencio. Todos excepto Samanta, cuya mano, como de costumbre, estaba señalándome.

—Que vaya él, es su culpa —dijo.

Supongo que era mi deber, así que me fui acercando poco a poco hacia la puerta, el miedo llegó a mi mente como una oleada y sentí cómo el sudor ahogaba mi rostro.

—¿Y si no es él? —dije.

—Es él, acaso no escuchaste su voz.

El único que me acompañó fue Baxter, y finalmente ubiqué mi mano en el pomo de la puerta, pero antes quise asegurarme de que en verdad se trataba de Jack.

—¿Qué quieres? —dije.

—Oí gritos, y los busqué es sus dormitorios y no estaban. Los comencé a buscar porque pensé que les había pasado algo. ¿Todo está bien?

Baxter se apartó de la puerta, echándose hacia atrás, pero estaba en posición de ataque por si algo salía mal. Sin embargo, yo parecía estar obedeciendo más a mis pensamientos que a mis manos, por eso dudaba en abrir.

—Qué esperas, ábrele —dijo Samanta.

Le di un giro un tanto brusco al pomo de la habitación que Becka profirió un grito.

—¿Por qué tardaste tanto en abrir? —dijo Jack sonriendo ampliamente al ver la expresión de terror que se había dibujado en mi rostro.

Baxter tuvo la intención de atacarlo, pero le expresé que era nuestro amigo Jack, y que no representaba ningún peligro. Ni siquiera me dio las gracias por impedir que Baxter le removiera los testículos de un solo mordisco.

Jack se nos quedó mirando y por el gesto de su cara seguramente se estaba preguntado que hacíamos en esta horrible habitación,

aunque no dejaba de sonreír, y yo con ganas de decirle que era un idiota.

—Pregúntale a él —dijo Samanta, volviéndome a señalar.

—Quieren asesinarnos —dije sin dar tantas vueltas al asunto.

La sonrisa de Jack había desaparecido de su rostro por un instante.

—¿Quiénes? ¿Y por qué? —dijo encogiéndose de hombros, y volvió a sonreír.

De repente, sus grandes ojos marrones me miraron de frente y movió un poco la mano como si fuera a coger la mía, pero al final no lo hizo, sino que comenzó a tocar suavemente mi rostro con su mano.

—Corran —me susurró.

Lo vimos caer, bajé la mirada y vi que alguien había introducido un cuchillo en su espalda. Yo comencé retroceder, las luces empezaron a palpitar y asimismo vimos que una figura apareció de la nada, por lo que al verlo mi corazón latió con fuerza…

Era un hombre que llevaba una chaqueta con capucha, y una máscara plateada simbolizando un rostro triste.

—Siguen ustedes —dijo en tono de burla, mientras retiraba el cuchillo de la espalda de Jack.

Ahora su mano estaba cerrada sobre el mango de un cuchillo de caza, y se podía oír su respiración. Él venía hacia nosotros como si quisiera darnos la estocada final.

—¿Dime que es una broma y que ese idiota no está muerto? Qué sólo está actuando —dijo Samanta.

—Porque piensas que todo es una broma…

Alfred al parecer dejó salir el aire de sus pulmones y se dio cuento de que debía demostrar su valentía, aunque le temblara las piernas y la voz.

—¿Qué quieres de nosotros? —le dijo.

—Quiero a la niña —dijo el asesino con voz ronca, y se adelantó un paso con el cuchillo levantado.

Alfred había demostrado que no era tan cobarde como aparentaba, pues la intención del asesino era atravesar su cara con el cuchillo. Entonces, espere, sabía que ese era el margen de tiempo, los dos segundos que tenía a mi disposición. Sólo esperaba que el hombre no me sorprendiera mirando de reojo a Baxter, pues él estaba inmóvil y sigiloso como le había enseñado mi padre.

—¡BAXTER YA!

Los cuarenta y tres kilogramos que pesaba Baxter cayeron encima del asesino, asimismo su mandíbula ejerció una presión descomunal sobre el brazo que seguramente le destrozó el hueso, y eso causó que soltara el cuchillo de caza. Papá me decía que Baxter poseía una fuerza de mordida de 238 libra-fuerza por pulgada cuadrada, por lo que podía ser letal para cualquier persona.

El asesino comenzó a chillar, mientras intentaba quitárselo de encima. Él solo se detenía si Becka y yo se lo ordenábamos, pero como no iba a pasar; dejamos que Baxter tuviera unos minutos de entretenimiento. El maldito nunca se esperaba una reacción de esa magnitud, quizá pensó que Baxter era un lindo perrito inofensivo. Nuestro amigo de cuatro patas presionó sus dientes en el cuello del asesino antes de que este pudiera reaccionar. La máscara se le había ladeado, y la curiosidad por averiguar de quién se trataba y cuál era el motivo de querer asesinarnos. Por eso busqué la forma de detener a Baxter porque no estaba obedeciéndome.

—Ya, déjalo —dije.

Baxter seguía sin acatar mi orden, era como si estuviera inflexible ante mi decisión de que no lo matara todavía.

—¡BASTA YA! —volví a intentarlo.

Noté que Becka se había retirado las manos de su cara, pues ella no deseaba ver como su peludo amigo le destrozaba el cuello. Por mi parte, ya no tuve paciencia y le dije que se fuera a la mierda, por lo que ella me contestó que no le hablara así a Baxter.

—Albóndiga —dijo Becka.

De inmediato, Baxter levantó la cabeza, y dejó de presionar el cuello del asesino que parecía estar agonizando. Casi podía notar la decepción ascendiendo por mi garganta hasta mi cara.

—Siempre le gustaron las albóndigas que preparaba mamá —dijo Becka.

Ahora que lo recuerdo, era una de las palabras claves que nuestro padre le enseñó a Baxter para controlar el impulso de atacar. Me sentí fatal, como si realmente hubiese desilusionado a papá. Pero ya, tenía que averiguar quién se escondía tras esa mascara, aunque mientras me acercaba veía como el hombre se llevaba las manos al cuello

presionando fuerte e intentar detener la hemorragia.

—Eso no te salvara —dije, y le retiré la máscara.

Esperaba encontrarme con alguien pidiendo clemencia, pero, todo lo contrario, sólo sonría, una sonrisa un tanto sarcástica. Luego trató de limpiarse la sangre de los dientes con la lengua.

—No saldrán vivos de aquí —fueron sus las últimas palabras.

—Espera, eres tú.

Eso quería decir que Alfred ya lo había visto antes, pero yo aún no lograba identificarlo pues su cara estaba rebozaba de sangre y, además, no era muy bueno para recordar rostros.

—Claro, que es él —volvió a decir Alfred.

—Oye, no te mueras. Necesito hacerte unas preguntas…

—Es el hombre del minimarket, el que se ofreció ayudarnos para reparar la miniván.

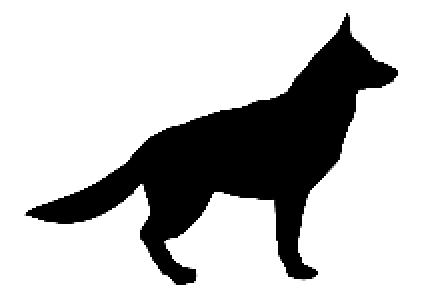
Tardé un poco en darme cuenta de qué si era él, el ebrio; pero ya no tenía ese brillo de alcohol en la mirada, solo unos ojos abiertos de par en par, con un denso color rojizo en el globo ocular, ya sin parpadear.

—El viejo Harry —dijo Gemma.

Todos volteamos a verla, pues sonó sorprendentemente bonito aun cuando él estaba pensando muy en serio en agujerearle la tráquea con el cuchillo.

—Yo creo que ya está muerto —dijo Alfred.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en esa sonrisa que nos había dedicado, esa mueca burlona. Era casi triunfal.



Fui el primero en salir de la habitación, y todo estaba sumido en el más absoluto silencio. Respiré hondo. Doblé por el pasillo de la izquierda y entré en el dormitorio. Agarré mi mochila y el peluche de Becka.

—¿Qué haces? Debemos irnos —dijo Alfred.

Continuamos caminando impasibles, sin apresurarnos ni entretenernos. Baxter era el que nos guiaba, el que nos informaba si algo andaba mal, sólo bastaba con un ladrido y todos reaccionábamos ante el más leve ruido.

—¿Creen que haya más hombres con máscaras? —dijo Samanta.

Yo sabía que sí, estaba seguro de que había uno más, pero permanecimos unos instantes paralizados porque oímos que Baxter comenzó a gruñir hasta que, de pronto, algo cayó sobre el brazo de Samanta y trepó frenéticamente hacia su hombro. Creo que sólo se trataba de una araña. Se la sacudió de encima con un ensordecedor grito y corrió desesperada hacia la parte más oscura del pasillo.

—Voy por ella —dijo Alfred.

—Ten cuidado…

Pero no fue necesario, vimos que Samanta apareció de repente, retrocedió dos o tres pasos y, enseguida, echó a correr hacia Alfred, sollozando.

—Lo vi, lo vi, es… —su voz sonó ahogada.

—¿Qué viste?

No enfrentábamos de nuevo con aquel miedo aplastante, incluso, Samanta cogió de la mano a Alfred como si fuera una niña pequeña.

Lo único que veíamos era una oscuridad total y permanecimos inmóviles, por lo que no había otro sonido que nuestra respiración.

—No quiero morir —dijo Samanta, mientras Becka me arrojó los brazos a la cintura.

No podíamos continuar allí sin hacer nada, por eso decidimos avanzar y escudriñar de nuevo la envolvente oscuridad. Al final, una luz vaciló unos instantes antes de brillar normalmente. Un brillo tenue había aclarado un poco el pasillo, al tiempo en el que Baxter comenzó a ladrar sin control hacia las primeras habitaciones del hostal, antes de bajar las escaleras.

—Quiere que nos detengamos —dije.

Baxter comenzó a señalar algo con la mirada y esperamos, mientras el silencio golpeaba mi pecho con fuerza. Entonces acaricié la cabecita de Becka y ella me correspondió con una temerosa, pero agradable mirada, con un brillo en sus ojos llenos de esperanza. Moví mis labios: «Muy pronto todo terminará». Si bien me sentía como si hubiese perdido la noción del tiempo, pues aún permanecíamos allí, en el pasillo durante lo que parecían horas, aunque era probable que solo fueran unos pocos minutos.

—Creo que no hay nadie… —dijo Gemma.

No estaba tan seguro, los ladridos de Baxter eran indudablemente confiables, y si avanzábamos existía la posibilidad de toparnos con los horrores que vivieron las familias que se hospedaron en este maldito hostal.

—Hay que llamar a la policía —dijo Samanta en un tono desesperado.

—Ya, lo intenté; pero los celulares no sirven —dijo Alfred, con la idea de seguir adelante.

Noté que él quería dirigir cada paso que diéramos en relación con las escaleras, sin embargo, me opuse, le dije que se quedara con Gemma y mis hermanos. Yo era quien debería guiarlos, papá lo hubiese querido así; por eso me adelante un poco junto a Baxter.

Por cada paso que daba, miraba en casi todas las direcciones. Hice un gesto con la mano indicándoles que debíamos de continuar.

Por un instante, vi por encima del hombro, y me di cuenta de que Samanta y Becka estaban cogidas del brazo de Alfred. Entonces supe que ya éramos una familia y no pude evitar sentirme feliz en un momento que quizá no era el adecuado.

Pero la sonrisa se me borró de la cara al ver que la puerta de la primera habitación del pasillo se abrió. Baxter comenzó a ladrar descontroladamente por lo que Alfred comprendió que algo no iba bien y tomó la decisión de no avanzar. Mi peludo y fiel amigo solo esperaba recibir la orden para atacar, pero aún no era una buena idea, pues a lo mejor sabían que Baxter podía resultar un peligro y posiblemente estarían planeando alguna trampa para deshacerse de él.

—Cálmate, no es el momento —le dije.

Y fue entonces cuando vimos que de la habitación salió una mujer que vestía un atuendo negro, y también llevaba puesto una máscara personificando la tristeza. La voz de Alfred de repente cortó el silencio con determinación.

—¿Qué quieren? ¡Déjenos en paz!

Noté que la mujer empuñaba con fuerza un mango corto de madera, creo que era una hoz, por su hoja estrecha y curva. Algunos suelen tener dientes muy agudos y cortantes por la parte cóncava.

—Ten cuidado, Dylan… Es mejor que no te acerques —dijo Alfred.

Baxter estaba ansioso por atacar, pero yo seguía reteniendo la orden en mi boca para que todavía no se abalanzara contra la mujer. Pensé: «Si mi padre estuviera aquí, ¿qué hubiese hecho?» Estaba seguro de que si daba la orden la mujer acabaría por degollar a Baxter. Los ladridos de Baxter no me dejaban pensar con claridad.

—¡SILENCIO! Trato de impedir que nos asesinen —le dije.

Baxter había dejado de ladrar, pero maldije para mis adentros mientras tragaba saliva y le ordenaba al cerebro que soltara alguna maldita idea. Ella aún seguía allí, mirándonos fijamente, parecía tener una respiración temblorosa, como si la consumiera una furia desmedida. Y con un único movimiento se retiró la máscara y la miré paralizado, con el miedo plasmado en mis ojos desorbitados al ver que se trataba de la recepcionista del hostal.

—¿Qué le han hecho a mi hermano? —dijo.

Todavía mi cara seguía petrificada de miedo, y peor aun cuando vi que señaló con la hoz a Becka. Era curioso como su ira iba aumentando.

—Mira bien su hocico, si vez estas manchas de sangre… pues son de tu hermano —dije, y tenía una expresión y un hilo de voz tan cómica que alcancé a oír la risita de Samanta—. Lástima que no alcanzaste a ver como sus dientes desgarraron su garganta.

Su respiración comenzó hacer aún más fuerte, y creo que no fue muy buena idea decirle eso…

—Ese perro debía de estar muerto —dijo.

—Lamento decirte que Baxter pudo oler el veneno que le agregaste a los trozos de carne…

Muchos criminales trataban de asesinar a Baxter, motivo por el cual mi padre le había enseñado a olfatear cualquier clase de veneno, al menos los más letales. Nuestro vecino, el señor Wilson había separado un trozo de su tocino del desayuno con un poco de veneno, por lo que quiso compartirlo con Baxter. Sin embargo, nuestro fiel amigo solo lo olfateo unos segundos y se retiró, lo que significaba que papá era unos de los mejores adiestradores de perros del Departamento de policía.

—Denme a la niña —dijo la recepcionista.

—No lo creo…

Ella asintió sombríamente. Con un movimiento discreto con la mano, apretó la hoz; indicando que daba por terminada la conversación.

—Toma a Baxter —le dije Alfred.

—¿Qué piensas hacer? Deja que te ayude.

—¡Sólo hazlo!

Ella venía hacia a mí, y a medida que aumentaban sus pasos

levantaba levemente la hoz. Solo cuando vi que el filo de la hoja adquirió la dirección hacia mi cuello, tuve la suerte de esquivarlo e impactar mis nudillos temblorosos en su rostro. Luego ella alzó la hoz de nuevo con la sangre emergiendo de su nariz. De repente, sentí un intenso dolor cuando el filo dentado rasga un poco mi pecho, pero era eso o que me degollara.

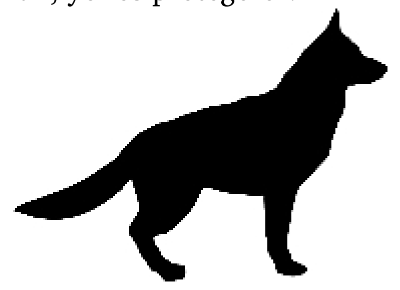
—¡Suelta a Baxter! —dije.

La recepcionista volvió a levantar la hoz, pero está vez; la hoja curva iba dirigida hacia Baxter. En el preciso momento impedí que el filo impactara en él, mientras su mirada penetrante de ira se desvaneció al ver la mandíbula de Baxter abrirse y cerrarse en su rostro.

Baxter sacudía con violencia su cabeza, causando que los huesos de la cara de la mujer crujieran ante nuestras pupilas perturbadas. Becka se cubrió sus ojos de nuevo y se aferró Alfred, pues todavía no tenía la intención de observar como Baxter le desfiguraba el rostro a la recepcionista, mientras la sangre se salpicaba en las paredes.

—Ya, déjala, ya está muerta —dije.

Esta vez obedeció sin la palabra albóndiga, entendió que era suficiente, pero más bien creí que se sentía agotado. Caminó por mi lado y se ubicó junta a Becka, plasmando en su mirada debilidad, pero diciéndonos: «No teman, yo los protegeré».



Aún sentía temor, y noté que Alfred dio un paso hacia adelante, apartándose de Gemma, Becka y Samanta. Comenzó a caminar despacio, pero se detuvo casi llegando a la entrada. Primero los miró a ellos y después a mí, quizá pensaba que tras esa puerta alguien le rebanaría el cuello, aunque no iba a negar que era una posibilidad.

Sin embargo, decidí enviar a Baxter primero, pues no permitiría que Gemma se quedara viuda tan pronto, cuando por fin estaban

consolidando la familia feliz que tanto anhelaban desde que el gobierno les dio la patria potestad de educarnos y contribuir de buena forma a la sociedad.

—Ensáñales que eres el perro más valiente del mundo —dije.

Baxter echó unos ladridos y corrió hacia la salida. Era maravilloso que todavía le quedara suficiente fuerza para seguir protegiéndonos. Sus patas resuenan ante el colapso nervioso de Alfred, y lo vio cruzar la entrada sin ningún problema. Pude respirar con tranquilidad, aunque sentí una ligera sacudida en el estómago que no creí que tuviera nada que ver con los nervios.

—Creo que no hay peligro —dije.

Baxter empezó a ladrarnos, y hace círculos con su cuerpo, indicándonos que todo estaba bien. Lo observé con atención y nunca me había sentido tan aliviado, como si papá nos cuidara a través de Baxter.

—Es mejor que salgamos de aquí —dije.

—¿Está seguro? —dijo Samanta.

—Es increíble que aún no confíes en Baxter.

Nuestro amigo ya estaba en el corazón de la oscuridad, y ahora yo debía escoger bien el camino, el que nos conducirá hacia el coche y así poder huir de este maldito pueblo.

—¡AUXILIO! ¡AUXILIO! —gritó de repente Gemma, mientras corríamos por las calles desoladas.

—Ni te molestes, nadie saldrá ayudarnos —dije.

—Debe haber alguien que nos ayude…

—Lamento desilusionarte, pero estamos solos en esto.

Sin embargo, sentía que no podía dominar mis miedos y deseé gritar y frenar aquellos pensamientos desorbitados de que si el coche no funcionaba seríamos asesinados. Entonces dejé de correr, tembloroso y tenso, tratando de dejar en blanco la mente. Pensé: «¿qué me sucede?» No quería que mi familia apareciera en la primera

plana en los periódicos locales y en las noticias matutinas de nuestra desaparición.

—¿Qué te sucede? —dijo Alfred.

—No quiero morir aquí.

—No moriremos aquí, ya estamos cerca.

Ya me había calmado un poco, pero pensé, desde cuando era un desastre emocional. Si mi padre estuviera conmigo, seguro estaría decepcionado de mí.

—Ahí está el coche —dijo Becka con una amplia sonrisa.

Pero me quedé abstraído unos instantes, pensando en la posibilidad de que alguien estuviera dentro del coche, aunque al observar que Baxter comenzó a oler la miniván sin dar ningún ladrido, advirtiéndonos de algún peligro, eso nos dio la confianza de seguir avanzando.

—Como nos vamos a ir si esa porquería no funciona —dijo Samanta.

—Cuida ese vocabulario, jovencita —dijo Gemma.

—No hay tiempo que perder, hay que repararlo —dije.

—¿Puedes hacerlo? —dijo Alfred, con una pequeña duda en su mirada.

—Puedo intentarlo.

Alfred abrió el capó de la miniván, mientras comencé a examinar detenidamente el daño que había, y que Jack no pudo reparar. La luz de la linterna que proyectaba el motor de repente empezó a temblar.

—Ahora soy yo quien te dice, cálmate.

—Ya, quiero irme de aquí…

—Creo que la batería está muerta.

—¿Estás seguro de eso? Recuerda que Jack dijo que era el

alternador que estaba dañado.

—Quizá por eso fue que se arruinó la batería.

—¿Puedes repáralo?

—Pues… Necesito que el sistema de encendido y combustible trabajen juntos.

—No puedes, ¿cierto?

—Tengo que remplazar los componentes del sistema de encendido y combustible, y aquí no hay como hacerlo.

Samanta me lanzó una mirada furiosa y de decepción, a lo mejor vio nuestras caras de no saber que a hacer, esa ansiedad que no podíamos ocultar. Me subí a la miniván e intenté encenderlo, por si ocurría un milagro. Ya ni sabía cuántas veces lo había intentado, hasta que el motor comenzó a echar chispas, causando que Alfred bajara el capó.

—Debe haber otra forma de salir de este pueblo —dijo.

Mis ojos se dilataron al observar a través del parabrisas a un hombre detrás de Alfred, y llevaba puesto de nuevo esa mascara interpretando la tristeza. Su indumentaria se confundía con la noche, al igual que un leve alarido derramándose en el silencio.

Vi caer Alfred arrodillado sin en el menor quejido, y de nuevo el hombre introdujo el filo del hacha en su espalda, saliendo un rápido hililllo de sangre que salpicó el parabrisas. Samanta y Becka se apartaron de Gemma, echándose hacia atrás, con sus rostros pálidos y el miedo saliéndoseles por los poros. Gemma observó al psicópata retirar el hacha con la sangre de quien le prometió amarla hasta envejecer.

Ni siquiera Baxter pudo hacer nada para impedirlo, por lo que todo fue tan rápido que el asesino logró perderse en la oscuridad. Podíamos oír como estallaban sus carcajadas entre las silenciosas calles.

Gemma se acostó junto Alfred que aún no cerraba los ojos, llenándolo de besos y acariciando su pelo fino y delgado.

—Despierta, no me dejes aquí sola… Levántate, hay que reparar el auto para irnos a casa.

Samanta y Becka rodearon a Gemma con un acogedor abrazo, pero conseguí el coraje para decir:

—Tenemos que irnos.

Pudo parecer cruel lo que dije, sin embargo, sino nos marchábamos, los siguientes íbamos a ser nosotros.

—Fue lindo vivir contigo, pero tú hiciste que fuera perfecto.

—Hay que irnos…

—¡NO LO DEJARÉ AQUÍ!

Gemma se aferró más Alfred, mientras la sangre fluía con mayor abundancia. Los ojos de Becka relucían con el brillo de sus lágrimas, y los apretados labios de Samanta formaban una clara línea de odio, que no temblaba en absoluto. También estaba afligido, pero tuve que decirlo por segunda vez.

—Tenemos que irnos.

Gemma se limitó a no mirarme, sin decir nada. Sin embargo, Becka era lo bastante pragmática como para suponer que tal vez aquella fuera una de las insensibles palabras que me había oído alguna vez.

— Alfred habría querido que te salvaras —dijo Samanta.

Gemma sacudió la cabeza en negación, aún no establecía la idea de abandonar Alfred en este lugar. Quería decirle que él ya estaba muerto, y que ahora yo debía cuidar de mis hermanas.

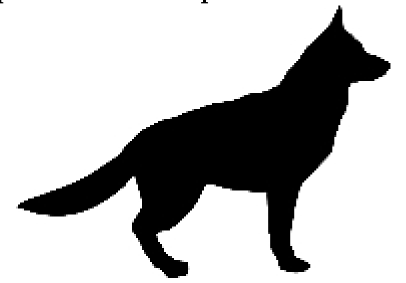
—Volveremos por él, te lo prometo —dijo Samanta.

Gemma se puso en pie, y se limpió las lágrimas con las manos manchadas de sangre. La vi alzar la mirada, con la cara teñida y una expresión de desespero. Nos miramos durante unos momentos bajo el oscuro firmamento.

—¿Prométeme que volveremos por él?

Sus ojos reflejaban la realidad de un profundo sufrimiento, al que no podía decirle que no.

—Te prometo que volveremos por nuestro valiente Alfred.



Había que salir del pueblo de cualquier forma, y para eso tenía que hallar un coche en buen estado, sin embargo, el agotamiento comenzó a reflejarse en Samanta y Becka, además, Gemma parecía un muerto viviente que habíamos encontrado por el camino. Un sonido permanecía extrañamente constante a pesar de que nuestras piernas daban todo para no desistir.

El sonido seguía haciéndose cada vez más fuerte, entonces decidí mirar por encima del hombro y me di cuenta de que el asesino arrastraba en repetidas ocasiones la hoja del hacha contra el asfalto. Baxter se detuvo de repente, mientras seguíamos corriendo y supe que estaba dispuesto a enfrentarlo, cosa que no podía permitir. Esta vez era distinto, él no era como los demás.

—Vamos amigo, él hará puré de perro contigo —dije.

La desobediencia surgió en Baxter al revelarles sus dientes y gruñirle, y creo que no lo intimidaba.

—No lo hagas, Baxter, por favor.

El asesino comenzó a caminar más despacio, de pronto, se detuvo, y asintió con la cabeza, como indicándole a Baxter que lo atacara.

—Por acá, Baxter. ¡Vamos! —era la voz de Becka.

Era muy notorio que Baxter tenía cierta obediencia cuando se trataba de las ordenes de Becka, pero no era algo que me disgustara, sino más bien me llenaba de confianza porque sabía que la protegería con su propia vida.

—Creo que Baxter no nos protege a nosotros, sino a Becka —dijo

Samanta.

Eso no importaba en estos momentos, sino buscar la forma en cómo escapar de aquí… Becka tuvo la idea de escabullirnos por un angosto callejón, y gracias a ella Baxter desistió en atacar el hombre que ahora parecía estar aún más molesto.

—Bien hecho amiguito, no era el momento de atacar —le dije acariciándole su cabeza manchada de sangre.

No iba a negar que el callejón no me daba mucha confianza, por lo que no sé si fue una buena idea de introducirnos por este lugar, pues prácticamente no se podía ver nada. Pero era nuestra última opción, el último recurso desesperado para no imaginar lo que había detrás de esa máscara, quizá unos ojos circundados de infectada maldad.

—Solo espero que no sea un callejón sin salida —dije.

Cada vez que avanzábamos, más me preocupaba, porque quería y anhelaba ver por lo menos un poco de luz. Gemma aún seguía caminando solo por inercia, pero que podía hacer, no se me venían a la cabeza las palabras adecuadas para animarla. Samanta no le soltaba la mano por ningún motivo, algo que demostraba que la estaba queriendo.

No dejaba de mirar hacia atrás, y percibí que ya no nos estaba siguiendo, pues ya no oía sus pasos inquietantes y el golpe de su hacha contra el asfalto. Quizá el hecho de que pensara que matarnos era tan fácil era la única razón de que todavía estuviéramos vivos; como un comensal a punto de disfrutar de una comida excelente, no había motivo para apresurarse.

—Veo algo —dijo Becka.

Por fortuna, una tenue luz comenzó a diluir la oscuridad, y el primero en salir del callejón fue Baxter. Nos topamos con otra calle, y miramos a nuestro alrededor. De nuevo solos, aunque esta vez era distinto, no sabía si era buena suerte, pero estábamos rodeados de coches aparcados sobre la acera y en medio de la calle.

—Espero que alguno funcione —dijo Samanta.

—Si no funcionan, hago que funcionen.

—No me hagas reír.

De repente, mi cerebro se había quedado frío, rígido y muerto al observar demasiados coches y no saber cuál escoger.

—¿Qué pasa? Reacciona… Tenemos que irnos de aquí —dijo Samanta.

No era el momento de ser un tonto, así que opté por un Sedán de cuatro puertas de color aguamarina estacionado al lado de lo que fue una librería. Samanta y Becka se retiraron silenciosas a un costado mientras yo intentaba abrir la puerta, nunca se sabe que se pueda encontrar.

No fue muy difícil abrirla, de hecho, me subí y busqué si estaban las llaves. Vi que Becka ladeó la cabeza, con la intención de ayudarme, pero era inútil, no hallé nada que pudiera encender el auto. Debí tomar clases de delincuencia, y así no necesitaría de ninguna llave.

—¿Qué sucede? ¡Muévete! —dijo Samanta.

—¡CÁLLATE! No me dejas pensar…

—Entonces piensa rápido.

Más vale me concentré en respirar profundo, y otorgarme a mí mismo una expresión de paz, pues trataba de hacer lo mejor que podía. Empecé por eludir los gritos de Samanta, que no me estaban ayudado en una idea que lograra… De repente, se oyó un sonido silbante y un golpe de un hacha en el parabrisas causando que todo estallara. Los vidrios se esparcieron a nuestro alrededor. Lo vimos, con su máscara plateada reflejando esa tristeza esquizofrénica. La había lanzado contra nosotros, todavía sin la intención de lastimarnos.

—Pudo asesinarnos… ¿Por qué no lo hizo? —murmuró Samanta.

—Está jugando —dije—. Sabe que estamos atrapados.

El maldito había desaparecido de nuevo, antes de que Baxter lo atacara. Sin embargo, seguía preocupándome Gemma, y no hallaba la manera para que reaccionara.

—Lo siento, tengo que volver —dijo.

Samanta y Becka se sujetaron a ella, y finalmente yo pude evitar que se marchara, pero escuchamos que Baxter comenzó a ladrar y noté que el hacha ya no estaba incrustada en el parabrisas.

—No se muevan, quédense conmigo —dije.

Estábamos a mitad de la calle, y al mirar hacia la izquierda, lo vi que daba pasos cortos sobre el capó de la camioneta que pensaba examinar. Y por lo que percibí, creo que esta vez ya no tenía la intención de jugar con nosotros.

—Dile a Baxter que no ataque —dije, y el corazón me latía con fuerza.

Becka me miró con expresión especulativa, pero luego me esbozó una tenue sonrisa. Qué significaba eso, no estaba para acertijos en estos momentos. Mi rostro se puso aún más pálido al ver que Baxter corrió para ocultarse entre los autos, como si hubiera decidido escapar.

—¿Qué le pasa a Baxter? —dije.

—No ves, ya no quiere ayudarnos. Prefiere salvar su vida —dijo Samanta—, no es tan estúpido, yo también haría lo mismo.

Comenzamos a retroceder, mientras el eco de sus pasos se confundía con cada palpitación que provenía de mi pecho. El sonido de su respiración a través del par de orificios mórbidos de la máscara, como si le divirtiera inhalar el aroma a miedo. Ahora que nuestro amigo peludo decidió abandonarnos, era posible, estaba seguro de que seríamos mutilados sin piedad.

—Ese perro resulto ser un cobarde —dijo, y se retiró la máscara.

Tenía una cara de un candidato a la presidencia: una barbilla firme, una mirada ámbar de muchacho rodeada de finas arrugas y una tupida cabellera marrón.

—Es él, ¿no te acuerdas? —dijo Samanta.

—No, soy malo para recordar rostros.

—Es el oficial que nos detuvo en la carretera.

—Claro, ahora lo recuerdo. Es el mismo que nos desvió hacia este lugar.

Resultaba físicamente intimidante: era alto y de espalda ancha, con los brazos y el pecho bien definidos. Sus manos eran enormes. No pude evitar pensar que podía aplastarnos en cualquier momento, sin necesidad de utilizar el hacha.

—No sé por qué motivo mis hermanos me dejaron todo el trabajo a mí —dijo.

—¿No te lo han dicho?

—¿De qué hablas…?

—Pero que tonto soy, como te van a decir, si tus miserables hermanos están muertos.

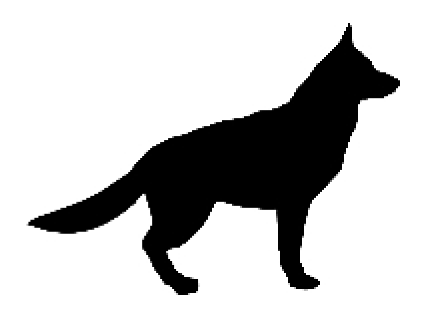
—No te hagas el gracioso conmigo.

—No jugaría con eso, lamento decirte que fueron ejecutados por nuestro perro. De hecho, aún sus sangres están en su hocico.

Fingió estar perfectamente, como si no le importara, pero noté que su mano apretó con mayor fuerza el mango de madera, seguro no le gustó ver mi sonrisa sarcástica.

Di dos pasos hacia delante, mientras Samanta y Becka retrocedieron, aferrándose a Gemma. Justo cuando ya estaba seguro de que iba a cortar mi cabeza, dio un traspié al observar algo, y la única razón por la que conseguí tener la cabeza todavía en su sitio fue que Baxter clavó rápidamente los caninos en su mejilla, batiendo su babeante mandíbula. Él profirió un alarido desde el suelo, y soltó el hacha. Vi que intento ponerse en pie, abriendo su mano ensangrentada con dirección hacia el cuello de Baxter.

Pero antes de que yo pudiera ayudarlo, Baxter utilizó su intensa furia contra el cuello del asesino; que por cada mordisco lanzaba un chorro de sangre al aire y las arrojaba luego a un lado, como un león atiborrándose en un banquete de búfalos. Lo hizo una, y otra vez… dejando un reguero de muerte mientras el falso agente dio su último grito.



Baxter se dejó caer en el asfalto, y la rudeza lo abandonó. Becka comprendió lo que le pasaba, quizá pensó que sentir las manos de ella lo reanimaría un poco, y creo que funcionó. Vimos que nuestro héroe se levantó, tambaleante y avanzó hacia una furgoneta de color verde estacionada al frente de un deteriorado bar.

—Debe estar hambriento y exhausto —dijo Samanta.

—Sólo quiere irse de aquí —dije.

Quería pensar que ya todo había terminado, esperaba que no hubiese más dementes acechándonos, pero por si las dudas, debía darme prisa y encender la furgoneta que Baxter parecía señalar instintivamente. Nos subimos al auto, todos excepto Gemma, cuya mano, como de costumbre, estaba indicándonos donde se encontraba Alfred.

—Es mejor que te subas, así como vamos a ir por él —dije.

Estaba a segundos de encender la furgoneta, pero al mirar hacia la izquierda, percibí algo inusual, algo que me puso nervioso de nuevo… Alguien venía hacia nosotros.

—Aguarden, no salgan del coche —dije.

—¿Qué ocurre?

Seguí tratando de encender la furgoneta, y el retrovisor reflejaba el desespero en mi cara, pues se estaba acercando más de lo normal. Cuando aquella silueta trastabillante llamó mi atención, me detuve, pues lo reconocí.

—¿No puede ser él? —dije.

—Claro, es él, pensé que había muerto —dijo Samanta.

—Seguro se hizo el muerto, el muy cobarde.

—Creo que necesita ayuda.

Pero antes de que pudiera llegar a la furgoneta, antes incluso de que pudiera recuperar el aliento, se oye un solo grito, como si algo se estuviera acercando a él.

—¡QUÉ ESPERAS, ENCIENDE ESE MALDITO COCHE!

Gemma corrió hacia él, y le echó los brazos al cuello y rompió a llorar.

— Alfred está muerto —dijo.

—Lo siento señora, pero tenemos que irnos.

El mentón se me tensó, y ahora el coche no quería encender. El rostro de Jack me ponía más nervioso, y esa mirada insistente diciéndome que debía darme prisa.

—¿Acaso viste a un muerto? —dijo

Hubo un silencio total, pero fue interrumpido por un leve sonido del motor y una agradable sensación de que por fin saldríamos de este sangriento lugar.

—No eres tan tonto como pensaba —dijo Jack.

Miré de repente por el espejo retrovisor, y descendí de la furgoneta despacio. La sonrisa de Jack era más amplia que nunca, burlona y desagradable.

—En verdad creyeron que todo había terminado —dijo.

Todos vimos como Jack rodeó con su brazo el cuello de Gemma, apartándola de la furgoneta.

—¿Qué estás haciendo? Pensé que éramos amigos —dije.

—Asesinaron a mis hermanos…

Sin ninguna compasión, Jack con su cuchillo de caza perforó varias veces la espalda de Gemma y parecía no querer detenerse.

—Cuanto lo lamento, anciana. Me agradabas —dijo, y la soltó.

Esta vez Baxter no obedeció y se abalanzó hacia Jack, pero él le disparó en dos ocasiones. Me quedé abstraído al observar a mi peludo amigo en el suelo, y cómo la sangre comenzaba a rodearlo.

—Maldito animal, te lo merecías —dijo, y lo escupió.

Becka descendió de la furgoneta, luego se arrodilló y lo acogió entre sus brazos, mientras sus lágrimas se mezclaban con la sangre de Baxter.

—¡Estúpida niña!

Estaba hipnotizado, ver a Gemma muerta, aún con los ojos abiertos y oír el leve lamento de Becka por su mejor amigo que poco a poco se desangraba. Sólo guardé silencio ante la mirada amenazante de Jack, pues no dejaba de apuntarme con su arma. Con cualquier movimiento que hiciera, no dudaría en volarme los sesos.

—Me llevaré a la niña —dijo.

—No lo hagas, déjanos ir. No diremos nada.

Se echó a reír con la mandíbula apretada. Era una sonrisa tétrica, y el rostro de Jack se contorsionó de repente...

—Se me olvido tomarme la medicina —dijo.

—Te lo suplico, déjanos ir.

—Derramaré su sangre sobre la tumba de mi padre.

—¿De qué hablas?

Sus ojos reflejaban la maldad pura, no conocía otra cosa que la necesidad de matar, desgarrar y sembrar el terror.

—Tengo que hacer el ritual… Muy pronto amanecerá,

—¿De qué ritual hablas?

—Cada año, un catorce de julio y antes del amanecer sacrificamos a una familia... Es la lealtad a nuestro padre condenado por la humanidad.

Por un momento Jack dejó de apuntarme, y sólo cojeó hasta donde se hallaba Becka. Su modo de andar era rígido y torpe, como si una de las piernas fuera más corta que la otra.

—Le dije a mi hermano que debía hacerme una herida leve, que sólo era un juego —dijo, rozando con su mano el rostro de Becka.

—¿Qué le ocurrió a tu padre?

—¿Acaso no sabes quién fue mi padre? Salió en todos los periódicos y en las noticias… El famoso Marcus Darmond, asesino en serie condenado a la silla eléctrica.

—Lo siento, creo que no había nacido… Además, no leo mucho.

Jack mantuvo la mirada puesta en mí durante un largo rato, luego levantó a Becka y volvió hacia mí, parecía haber decidido que era mucha menos molestia si me asesinaba de una vez.

—Mi padre también está muerto —dije.

—¿Qué le ocurrió a tu padre? —dijo, mientras comenzaba arrastrar a Becka.

—Murieron en un accidente de carretera, un maldito los embistió en la noche navidad…

—Lamento oír eso, pero el sufrimiento que llegó a la familia Darmond un catorce de julio no se compara con eso…

De nuevo apuntó a mi cara con su arma, pero inesperadamente movió despacio su arma hacia Samanta, que aún no salía de la furgoneta.

—Pero primero le disparo a ella —dijo.

—No lo hagas, tenemos mucho dinero. Podrás irte y la policía nunca te encontrara.

—Ya, no están mis hermanos… Teníamos que seguir con el ritual de la muerte, pero por culpa de este maldito perro nuestros planes se echaron a perder. Les dije que debían avenenarlo porque podría ser una molestia. Sin embargo, el ritual debe continuar.

Me di cuenta de que el cuchillo de caza estaba muy cerca, solo debía tomarlo, pero también significaría que una bala se alojara en la cabeza de Samanta. Cerré los ojos con fuerza e intenté pensar.

Pero antes de que ideara la forma de terminar este patético ritual, Jack tiró del gatillo, con la suerte de que la bala pasó a pocos metros de Samanta. Sus grandes ojos marrones me miraron de frente y movió la mano apretando con más fuerza el brazo de Becka.

—Esta vez no fallaré.

Negué con la cabeza, y podía sentir como me quemaba las retinas del desespero.

—Hermano, no dejes que me mate —dijo Samanta, al tiempo en que cerraba los ojos.

—Esta bala perforará tu linda cara en segundos.

Apenas dijo eso, vi que Baxter se levantó en su estado agonizante, y utilizó la poca fuerza que aún tenía, desfogando así su furia. Su larga mandíbula se abría cada vez más en el aire dejando escapar sus afilados dientes.

Jack soltó un grito al sentir los dientes de Baxter clavarse en su brazo, pero alcanzó a disparar; aunque por fortuna la bala se desvió un poco más arriba de la furgoneta. Yo reaccioné y me abalancé hacia él. Los dos caímos mientras Baxter todavía se aferraba al brazo de Jack.

El sudor ahogaba el rostro de Jack al doblarse de dolor, pero al mismo tiempo noté que Baxter había dejado de destrozar su brazo. Luego sentí el intenso y perturbador dolor de un golpe en la frente. Me llevé las manos a la cara y me eché para atrás. Él se puso en pie y venía hacia mí.  Se limpió la boca con el antebrazo, y les dije a Becka y Samanta con un gesto que no hicieran nada. No me moví hasta que casi lo tenía encima, y me agarró de la playera, dándome un rodillazo en el abdomen. Solté un leve quejido y quise dejarme caer, pero él no lo permitió, sino que llevó sus manos a mi garganta sin apartar la mirada de mí.

—¿Crees que eres mejor que yo? —dijo.

Jack me escupió la cara y su saliva revuelta con sangre empapó mi sonrisa sarcástica. Comenzó apretar con más fuerza mi cuello; pero no sabía que yo había tomado el cuchillo de caza. Sin dudarlo, le clavé el filo de la hoja lo más que pude, fue debajo de la clavícula.

Él de inmediato soltó mi garganta y me miró con los ojos bien abiertos sin emitir sonido alguno. Luego se llevó las manos hacia el cabo tratando de retirar el cuchillo. Noté que lo estaba consiguiendo, con una sonrisa dibujándosele en el rostro.

—Es mejor que se suban al auto —dije.

Puse en marcha la furgoneta y la goma rechinó contra el asfalto. Luego, el sonido de una bocina iracunda a vivó a Jack que aún continuaba en pie. Vi que tenía el cuchillo en la mano y nos sonrió como si nos hubiese vencido.

—Sonríele a la cámara, maldito —dije.

Aceleré lo más que puede, y los ojos de Jack se abrieron de par en par al ver la parte frontal de la furgoneta impactar contra él. Resonó un grito ahogado y su sangre maldita se esparció casi en todo el parabrisas. No podía ver con claridad, pero no pensaba detenerme hasta que estuviéramos a salvo.

**UN MES DESPUÉS**

*Fueron encontrados más de noventa cuerpos por el Departamento de homicidios, y se sospecha que hay más cadáveres. El pueblo Darmond denominado así por los hermanos Darmond, y que para muchos quizá sea la entrada al infierno, donde inocentes personas vivieron la peor tortura que se puedan imaginar. Ese silencioso y hostil pueblo quedara en la memoria de toda una nación…*

El sol en una posición alta, y delante de nosotros estaban las lápidas con los nombres de Alfred y Gemma. Becka se arrodilló y comenzó acariciar las tumbas de aquellos entrañables héroes y padres adoptivos. Unas tibias lágrimas caían levemente mientras que a nuestro alrededor las hojas de los árboles susurraban al entrechocar con el viento.

Me senté en el suelo al lado de Baxter, que aún tenía algunas vendas.

—Es hora, tenemos que irnos. Hay que dejar estas flores aquí —dije, secándome las lágrimas.

Becka asintió con solemnidad.

—Sé que ellos están en el cielo junto con papá y mamá. Ellos están muy felices —dijo.

Luego Samanta se acercó y se sentó a mi lado.

—Llamó el agente García, que nuestro vuelo sale en una hora.

Observábamos cómo los pájaros saltaban de copa en copa de los árboles más altos del cementerio, percibiendo la sensación de los pájaros al posarse y emprender el vuelo para a continuación volver a posarse.

—Esto no es un adiós, pues siempre perdurarán en nuestros corazones —dije, mientras Becka se alejaba y movía su mano hacia las lápidas.

—Espero que me perdonen —dijo Samanta, ocultando sus lágrimas.

Ahora estarán en un lugar que yo llamo paraíso infalible, porque simplemente el amor se encuentra en una familia llena de bondad.

# NO ME IRÉ SIN TI

*«El horror disfrazado de drama».*

Le prometí a Buddy que lo llevaría a pasear en mi Ford Mustang clásico, fue un regalo de papá cuando logré ser admitido en la Universidad de Míchigan. El pretexto perfecto es visitar al tío Vernon, aunque el viaje va a ser un poco largo, pero mi intención es pasar un buen tiempo con Buddy. Él comienza a lamerme la cara.

—Calma, amiguito, estoy conduciendo —le digo. Enciendo la radio y suena: «Sabores de la piel» mi banda preferida, menos la de Buddy, le da por aullar.

—Está bien, lo apagaré… A mi chica le gusta.

Mirar a Buddy exhibir su cabeza por la ventanilla, recibiendo bocanadas de aire me hace feliz. Fueron casi tres años de ausencia, y quiero recompensárselo.

Aún recuerdo cuando me encontré a Buddy, todavía estaba en la secundaria. Era el chico más admirado de la escuela, popularidad que gané por ser el mariscal de campo. Pero no significaba que tenía que burlarme del más frágil, de hecho, me mejor amigo era un celebrito come libros, decían que era un perdedor sólo porque las chicas lo rechazaban. Tuve que defenderlo de algunos brabucones. Sabía que

era distinto y por lógica, también podía respirar nuestro mismo aire.

Después de que ganáramos el campeonato estatal, Scarlett Thompson, la reina de la escuela entró al vestidor de hombres y se dirigió hacia mí mordiéndose los labios. Aún tenía la toalla puesta, y sus manos empezaron a acariciar mi abdomen, y dejé que lo hiciera.

—Eres lindo, ¿tienes novia? —dijo

—No…

—Qué pasaría si esa toalla ya no estuviera…

La miré a los ojos, y sonreí. No era tonto, sabía lo que ella quería. Pensé que se trataba de una sola noche, pues acostarme con Scarlett Thompson me hizo más popular, y otros se atrevían a decir que le había entregado el alma al diablo. No pensaba mucho en eso, lo único que quería era pasarla bien.

Por fortuna, gracias a su conducta sexual compulsiva, encontré a Buddy. Lo que no sabían muchos, era que Scarlett Thompson era adicta al sexo, causándome un bajo rendimiento en el equipo, incluso, ya no era el capitán.

Escuchábamos «Mirada Diabólica» de la banda los hombres del maizal, y de repente, ella detuvo su Ferrari rosado en una calle desolada y comenzó a besarme el cuello. Después introdujo su lengua en mi oído, suena asqueroso, pero me gustaba. Me retiré la camisa, sus labios pegajosos besaron con intensidad y desespero mi clavícula.

—Apaga eso, odio esa canción —dije.

—Está bien, pero quiero que substraigas mi alma otra vez.

No sabía de lo que estaba hablando, sólo me dejé llevar por el deseo. Sin embargo, alcancé a oír un ruido, y eso me desconcentró. Scarlett se había puesto encima de mí, así que la empujé, me puse la camisa y descendí del auto.

—¿¡Qué te pasa!? ¿¡Qué haces!?

—Espera, escuché algo. Quédate en el auto…

—¿Adónde vas?

—Sólo quédate en el auto.

Fui el capitán del mejor equipo de la secundaria, y mis mejores rutinas eran en el gimnasio, por lo que no podía temerle a un desolado y oscuro callejón. El ruido se oía cada vez más cerca, y supe que el extraño chillido salía de un contenedor de basura. Entonces pensé que se trataba de una reunión de roedores, y me di la vuelta, no quería que Scarlett perdiera su apetito sexual y se arruinara la noche.

El chillido desesperante de las ratas que aún llegaban a mis oídos, se habían convertido en leves ladridos y eso me detuvo. Caminé hacia el contenedor de basura y lo abrí…

—¿Quién te puso ahí, amiguito?

Era un cachorro nadando entre los desechos. Parecía estar hambriento y deshidratado. Lo agarré entre mis manos y comencé

acariciarlo, pensando quién podría haberlo abandonado de una manera tan inhumana.

—Hueles horrible amiguito, necesitas un buen baño.

Golpeé la ventanilla del auto y supongo que debe estar de malhumor. Apenas abrió la ventanilla le asenté el hocico de mi nuevo amigo a su rostro, de inmediato, se echó para atrás, espantada.

—Este era el causante del ruido —dije, viendo como su cara se contraía como en cámara lenta.

—No lo metas a mi coche, es un maldito perro y huele asqueroso. Suéltalo por ahí, y que se vaya.

—Me lo voy a quedar.

—Si metes a ese asqueroso animal a mi coche, esto se termina.

—Entonces nos va a tocar caminar, amiguito…

Caminamos a casa, pero primero nos detuvimos en *Express Chicken*. Tuvimos que comernos el pollo afuera, pues algunos comensales se estaban incomodando con la presencia del cachorro. Nos sentamos en la acera y le di pequeños trozos de pollo, que, sin darme cuenta, ya había terminado.

—Sí que tenías hambre… ¿quieres un poco más?

Tuve que ingresarlo a la casa sin que mis padres se dieran cuenta, además, ya era tarde y no quería despertarlos. Lo llevé a la ducha y con pasos sigilosos agarré el champú de mamá. Nos dimos un buen baño. Después de secarnos, lo acomodé al lado de mi cama sobre varios edredones para que se mantuviera caliente, pero repentinamente saltó sobre mí, y lamió mi cara más de tres ocasiones. Creo que trataba de agradecerme por haberlo rescatado.

—Descansa, amiguito —dije.



La idea era ocultarlo de mis padres, pero no tardarían mucho en descubrirlo. Descendí las escaleras y mi aceleración parecía de 0 a 240 km/hora en diez segundos. Papá leía y mamá preparaba el desayuno. Mi padre me miró por encima del periódico mientras un sudor frío comenzó a surgir ante una risa nerviosa.

—¿Cómo te fue anoche con Scarlett? —me dijo.

—Tengo algo que decirles…

Papá soltó el periódico y lo dejó encima del sofá. Su mirada fija me ponía más inquieto. No sabía cómo iban a reaccionar, temía que me dijeran que no se podía quedar y tuviera que abandonarlo de nuevo.

—Ha llegado un nuevo miembro a la familia —dije.

Mamá dejó caer el sartén con el tocino y papá comprimía sus manos, negando con la cabeza. Seguro controlando la furia, pero… ¿si aún no le había dicho nada?

—¿¡La universidad!? —dijo mamá llorando—. ¿Qué pasará con la universidad?

—Acabaste con tu vida. Ahora vas a responder como un hombre.

—¿De qué están hablando?

—Vas a tener un hijo, supongo.

—Yo hablaba de esto…

De inmediato, les mostré a Buddy, así le había puesto. Se me ocurrió mientras dormía. Mamá se secaba las lágrimas, y se abalanzó hacia él.

—Qué lindo perrito…

—¿Por qué tienes un perro en la casa? ¿desde cuándo lo tienes?

—Desde ayer papá, lo encontré en un contenedor de basura.

—Tienes que llevarlo a un refugio para animales abandonados.

—Me lo voy a quedar.

—No, eso no. No quiero un perro por toda la casa haciendo daños. Además, quien limpiara sus excrementos.

—Lo educaré...

Para que Buddy se quedara conmigo tuve que mejorar las notas y podar el jardín durante dos años. También tenía que conseguirme un trabajo, pues era mi responsabilidad. Lo hice con gusto, porque ya era mi pequeño mundo.



Lo lleve a *Love Pets* y el diagnóstico que me dio el médico veterinario: algunas pulgas, parásitos y síntomas de dermatitis. Además de eso, me enteré de que era un cachorro común, su única raza era dar amor, aunque poseía rasgos similares de labrador. Tenía tres meses de haber nacido, por lo que era especialmente importante una socialización concienzuda a temprana edad. A los de raza callejera les encanta el adiestramiento y los nuevos retos.

Mientras pasaba el tiempo lo fui conociendo debido a sus acciones y gestos. En ocasiones en el parque me llevaba algún ave en estado de descomposición, por supuesto me daba un poco de asco al principio, pero luego entendí que sólo intentaba hacerme feliz. Los sábados en la noche pedíamos pollo y veíamos películas, no le gustaban las de terror, pero si las que contenían animales. Inesperadamente se me

acercaba, y se acurrucaba en mi pecho, lo que significaba: se sentía cómodo conmigo. Cada vez que me sentaba al frente de la computadora, notaba que me miraba con la boca abierta, lo cola recta y puntiaguda, con las orejas hacia al frente. Era una señal de que sentía curiosidad por algo dentro de su entorno. Tal vez escuchó un ruido nuevo o huele algo interesante. De cualquier manera, ya estaba listo para jugar al detective.

Un día llegué temprano a casa y encontré a mamá de malhumor, a unos grados centígrados de estallar de la ira, sólo porque Buddy había hecho un lavado de sofá. Es decir, que sería castigado y dormiría afuera. Lo único que hice fue sentarme en el sillón saqueado por Buddy mientras lo acariciaba, sabía que no era su culpa. Debí dedicarle tiempo y llevarlo a caminar, sacar algo de su energía y ansiedad antes de irme a la escuela.

Le confesé a Buddy que Scarlett estaba saliendo con Alan, un jugador de *lacrosse*. Me dejé caer en la cama, y supe que Buddy me entendía, pues él se abalanzó hacia a mí y comenzó a llenarme de babas, como diciéndome que ya encontraras alguien mejor.

Así fue, siete días después conocí a Kristen, y no de la manera más romántica, pues prácticamente Buddy violó a su Crestado chino. Ella me dio una bofetada por no educarlo de la forma correcta. Al principio me odiaba, no podía verme, y siempre huía de mí o quizá de Buddy, no lo sé; por lo que tuve que recurrir a él, pues recordé que el médico veterinario me dijo que era posible que le encantara el adestramiento y los nuevos retos.

Duré más de seis semanas adiestrándolo, sólo para que llevara una flor en su hocico y se le entregara a Kristen. Sé que fue mucho tiempo para algo tan sencillo como eso, pero toda la culpa fue de Buddy, pues no era muy romántico y destrozaba la rosa.

Permanecí casi una hora mirando el lugar donde Kristen se sentaba a leer junto a su perro que era algo peculiar. Un ladrido de Buddy me advirtió de que se acercaba, y nos ocultamos mientras yo le decía lo que debía a hacer.

—Confió en ti, sabes que ella me gusta.

Buddy me lamió la oreja, era la forma de decirme que todo iba a estar bien. Tomó la rosa entre sus dientes y caminó con dirección a Kristen. Ni siquiera se daba cuenta de que mi peludo amigo se le aproximaba, sólo cuando Buddy subió las patas delanteras encima de sus piernas y expuso la rosa a escasos centímetros de su rostro. Ella intrigada agarró la rosa mientras acariciaba a Buddy, luego levantó la vista y comenzó a mirar hacia todas las direcciones, seguro buscándome. Tuve que salir de mi escondite, y la saludé con una sonrisa larga, pero mi saludo no fue correspondido. No parecía impresionada, más bien decepcionada.

—Debo parecer un idiota —dije entre dientes.

Ver el desagradable gesto de su cara, significaba una sola cosa: fue una mala idea. Ella se acercó, me sostuvo la mirada, sin parpadear. No iba a negar que me intimidaba, por lo que retrocedí y tropecé con Buddy.

—Que patético eres, usar a tu mascota para llamar mi atención —dijo—. además, eso es muy cursi. Voy a vomitar.

—Pensé que te gustaría, discúlpame…

—Pensaste mal, pierdes el tiempo conmigo.

Apenas me lo dijo, se dio la vuelta para huir de nuevo, pero esta vez no podía dejarla ir. La agarré del brazo y la tiré hacia mi pecho. Me apoyé contra ella sin dudarlo, con un impulso desproporcionado que emergía del corazón ante su mirada desbordada de ira. Por lo que simplemente la besé y mis labios se tiñeron de ese color carmín de su labial. Su reacción estaba tan movida por la ira y el deseo que me hallaba perdido. Quizá perdido por el encantador sabor de su furia en mis labios.

Así empezó todo, después de que me diera una fuerte bofetada, me dijo que nos viéramos en el Aloha, el sábado por la noche.



Buddy colgando de la ventana del auto, disfrutando de la gran cantidad de nuevos olores, mientras suena «Amor negro» de Toysplay. Golpeo mi frente en el volante al darme cuenta de que tengo poco combustible, así que miro el mapa y busco si hay alguna gasolinera cerca, no quiero quedarme en mitad de la carretera. Aunque al parecer la suerte está de mi lado, creo ver por el espejo retrovisor un coche patrulla aproximarse, y detengo el auto. Pero tengo que tranquilizar un poco a Buddy, pues tiene las orejas hacia atrás y gruñe mostrando los dientes. Le doy unos cuantos besos en el pelaje y entienda que nada va a pasar, que todo estará bien.

El oficial desciende de su coche, sin antes quitarse sus gafas oscuras. Se acerca dando pasos lentos.

—¿Necesita ayuda, señor?

—Sí, oficial… me estoy quedando sin gasolina y busqué en el mapa y no veo ninguna gasolinera.

—Muéstreme el mapa, lo ubicaré.

Buddy sigue gruñendo, parece ansioso y temeroso. Por fortuna, al

comisario no le molesta que mi perro le muestre los dientes. Se dedica a mirar detenidamente el mapa, y comienza a negar con la cabeza.

—Estos mapas… —dice en voz baja—, no sirven de nada.

—¿Estoy en problemas…?

—Sígame, lo llevaré a San Miguel. Ahí encontrara una gasolinera.

—¿Qué lugar es ese?

—Es el pueblo más cercano, pero no tema, las personas allí son muy amables. Y qué agradable perro tiene, su raza es la mejor…

—Parece que sabe de perros.

—Un poco.

—Me gusta su Ford Crown Victoria.

—Parece que sabe de carros.

El oficial suelta una risita, y se sube a su coche patrulla. Yo sólo tengo que seguirlo, aunque me llama la atención el comportamiento extraño de Buddy.



De repente, Buddy comienza a ladrar. Trato de acariciarlo mientras conduzco, necesito que se tranquilice. Enseguida observo un letrero grande.

**BIENVENIDOS**
**SAN MIGUEL**

De inmediato, reviso de nuevo el mapa; pero no encuentro el pueblo, es extraño, o quizá el oficial tiene razón, estos mapas no sirven de nada.

Es un pueblo agradable. De todas formas, no puedo quedarme mucho tiempo. El oficial detiene su coche patrulla en una pequeña gasolinera. El comisario desciende de su auto y me indica con una sonrisa que el problema ha sido resuelto. Después de echarle la suficiente gasolina, ingreso al minimarket y recorro un poco los pasillos buscando algo apetitoso, seguro Buddy debe tener hambre, porque a mí me chillan las tripas.

Llego a la caja con cinco bolsas de frituras, refrescos, dulces, galletas con rellenos de caramelo y manteca de cacahuate con aroma a pastel de manzana para Buddy. Le dejo la tarjeta de crédito en el mostrador,

mientras el chico empaca me sonríe, y lo curioso es que le falta un diente.

—¿Es nuevo por aquí? —me dice.

—Digamos que sí.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—No voy a quedarme, sólo pasé por gasolina y algo de comer.

—Son cuarenta y dos dólares con cinco centavos…

Él agarra la tarjeta de crédito, aunque algo me llama la atención… No puedo quitar la mirada de varias fotografías de mascotas desaparecidas, y me estremezco en sólo pensar que Buddy se me extraviara. Borro ese pensamiento de inmediato.

—Ah, es eso… pasa todo el tiempo —dice el chico.

—No entiendo, ¿por qué tantos?

—Me pregunto lo mismo, es todo un misterio.

—¿Sabe si los han encontrado?

—No sé decirle, lo único que hacen es dejar la foto de su animal y se van… Creo que esto es suyo y que tenga un buen viaje.

De nuevo me sonríe, mientras empuño la bolsa. Las palpitaciones se aceleran repentinamente cada que me voy acercando al auto, temiendo de que Buddy no esté allí. En qué estoy pensando… es lógico que debe estar dentro del auto, creo que estoy algo paranoico. Hasta que lo veo a través de la ventanilla, sacudiendo la cola, feliz de verme.

—Qué alivio que estás bien —le digo, y lo abrazo—. No quiero que te suceda nada malo.

Recibo una confortante acaricia de su lengua, mientras enciendo el auto.



No sé por qué Kristen tuvo que pedir macarrones con queso, si pudo pedir una *pizza* de *pepperoni* o unas costillas de cerdo en salsa barbacoa. Tuve que comer lo mismo, pues debía ocultar que era un chico extremadamente carnívoro.

—¿A ti también te gusta los macarrones con queso? —me dijo.

—Me encantan…

—Me traen recuerdos nostálgicos de la niñez. Mamá siempre me los preparaba cada vez que me sentía triste y eso me animaba.

—Ahora dile a tu mamá que te prepare unos macarrones para la felicidad.

—¿Qué tratas de decir? Aunque eso no se va a poder, ella murió…

¡Demonios! Por poco escupo los macarrones, y comencé a toser sin parar, sentía que me ahogaba.

—Perdón, lo siento… yo no quería…

Ella comenzó a reírse. No le veía la gracia.

—Sólo estaba bromeando… Qué ingenuo eres.

Empecé a reírme con ella, por lo que agarré un poco de macarrones y se lo embarré en la cara, en su risa mordaz.

—¡Maldito idiota! ¿Qué haces?

Me eché para atrás al divisar su furia, creo que no fue una buena idea.

—Perdón, yo pensé que…

No sabía que decir, nunca estuve tan avergonzado.

—¿Tu pensaste qué?

—Pensé que estábamos jugando.

—Cuántos años tienes… ¿cinco?

—Traeré algo para limpiarte…

De nuevo Kristen comenzó a reírse, creo que volví a caer en su mentira

—Eres una desgraciada, lo sabías —le dije, y no pude evitar sonreírle.

—Lo sé…

Después nos besamos bajo la luna. Se oyó muy cursi… Sólo nos besamos.

Sin embargo, no todo era perfecto. Entre Kristen y yo se interpuso un fastidioso personaje. Su nombre era Joss, que aún anhelaba seguir siendo importante para Kristen, pero a ella ya no le interesaba su existencia. Buddy estaba con la lengua floja y suspendida, señal de que nada estaba mal en nuestro entorno. Hasta que vi a Joss descender de su camioneta de doscientos mil dólares. Sujetaba un bate, al aparecer no venía con buenas intenciones. Buddy empezó a gruñir, mostrándole los dientes.

—Quédate quieto, no es tu problema —le dije.

Sólo era un universitario enfermo de celos, ¿qué podía hacerme? Además, fui el capitán del equipo de la secundaria y nadie pudo vencerme. Voltee a ver a Buddy y él me ladeaba la cabeza, como diciéndome: «eso no te ayudara». Sí, lo sé; pero no iba a huir como un cobarde.

No mencionaré la paliza que me propinaron, era desfavorable para mi imagen de hombre rudo. Solamente diré que Buddy por poco le arranca el pene a Joss, fue una mordida letal. Debo admitir que terminé en el hospital, con algunas costillas rotas, pero nada que se pudiera mejorar con medicamentos y reposo.

—Buddy me salvo la vida —le dije a Kristen.

—Lo sé, la policía me lo dijo…

—¿Dónde está? ¿Él está bien?

—Está en el auto con tu mamá, esperándote.

Lo que me preocupaba no eran mis costillas rotas, sino la posibilidad de que me quitaran a Buddy. Las Instituciones de Control Animal eran muy estrictas por lo que hubo una detallada investigación en mi caso, pero todo indicaba que fue en defensa propia, mi perro sólo trataba de defenderme. Además, descubrieron que Joss sufría de problemas mentales, y si Buddy no lo hubiera atacado, probablemente estaría muerto.

Buddy se acomodó en mi cama, mirándome a los ojos mientras lo acariciaba. No pude evitar que mis ojos se aguaran y uní mi cabeza con la suya…

—Tú me cuidas, yo te cuido —dije.



## ESTÁ SALIENDO DE SAN MIGUEL

Detengo el auto, y miro a Buddy. La manteca de cacahuate con aroma a pastel de manzana no estaba en la bolsa, seguro el chico es un torpe de mierda. Echo reversa, no importa que el camino aún sea largo, pues es la comida preferida de Buddy.

Me estaciono cerca al minisúper, pero antes de descender del auto lo acaricio, y le sonrío. Él empieza a ladrarme, y para tranquilizarlo lo beso repetidas veces en medio de sus ojos.

—¿Qué tienes? Ya basta, es sólo un momento. Espérame aquí.

No sé qué le pasa, pienso cuando desciendo del auto. Escucho un leve aullido, pero sigo caminando, pues pronto anochecerá y no tengo el menor interés de quedarme en este pueblo. No voy a negar que mi intención era romperle la cara a ese chico, sin embargo, tengo que borrar esa idea de mi mente. Pues creí ver al comisario rondar todavía por el lugar, y mi plan no es terminar en una comisaría.

Así que entro al minimarket en una total calma, respirando profundo; pero el chico ni siquiera me da tiempo de decir nada…

—Creo que esto es suyo.

Le arrebato la bolsa con violencia, y me dirijo hacia la salida como si la paz reinara en mí.

—¡OIGA! —escucho la voz del chico.

Me detengo, y lo miro por encima del hombro.

—Este perro si fue hallado —me dice señalando la foto de un Bichón maltés.

—¿Y está bien?

—No le gustara saber en qué condiciones lo encontraron.

No sé lo que trató de decirme, de igual forma, no tengo tiempo para sus acertijos. Seguro el perro está bien, sólo que el chico es raro. Mejor me voy, se me hace tarde.

—¡Buen viaje! —me dice, y abro la puerta de cristal del minimarket.

Reviso de nuevo la bolsa mientras camino hacia el auto, al parecer todo está en orden. Sigo pensando que quiso decirme con que no me gustará saber en qué condiciones lo hallaron, aunque también pienso que todavía estoy algo paranoico. Debe ser el ambiente de este pueblo… Suelto la bolsa con la manteca de cacahuate al observar que Buddy no está en el auto, siento como si miles de cuchillos atravesaran mi corazón repetidas veces. En mi desesperación examino todo el auto, y miro hacia todas las direcciones. Todo me parece desolado y silencioso. Quiero gritar su nombre, pero las palabras se me atoran en la garganta, y mis ojos comienzan aguarse. Hay una mujer cerca bebiéndose un refresco de cola. La interrumpo.

—Has visto un perro mediano, es más alto que largo…

—No, no lo he visto, váyase.

Luego me interpongo en los pasos de un muchacho que parece estar también confundido.

—Has visto un perro de color amarrillo crema…

—Lo siento, no lo he visto.

—Su pelaje es ligeramente suave…

—No lo puedo ayudar, lo siento.

Sigo caminando sin saber qué dirección tomar, tropezándome con las personas, por lo que me miran como si me hubiera escapado de un sanatorio. Es un gran alivio ver al coche patrulla estacionado enfrente de un bar, y atravieso la calle adoptando esa expresión de impotencia. Extiendo la mano para abrir la puerta del bar, pero la puerta se abre con violencia y cae un hombre ebrio a la cera. Enseguida sale el comisario, limpiándose el uniforme.

—No quiero verte más por aquí, ¡largo!

Luego el oficial gira la cabeza hacia a mí.

—No comprendo, pensé que no quería quedarse —me dice.

—Desde luego, pero no encuentro a mi perro… no sé dónde está, necesito de su ayuda. Usted conoce el pueblo más que yo.

Durante un momento se limita a mirar con firmeza mi rostro confundido, como si estuviera dudando en ayudarme a encontrar a Buddy.

—Muchacho, sólo es un perro —me dice.

—Usted no está entendiendo, oficial…

—Claro, lo entiendo; pero no puedo ordenar un operativo por un perro… Tenga paciencia, su perro aparecerá. El pueblo no es muy grande, no creo que haya ido muy lejos.

—Está diciéndome que no puede ayudarme.

—Hagamos una cosa, deme su número y mientras yo hago mi roda por el pueblo y si veo a su perro lo llamo.

No hay nada que pudiera hacer salvo aceptar la condición del comisario, y lo hago.

—Bien, ¿sabe dónde hay un hotel? —le digo.

Después de unos minutos de indicaciones ambos tomamos distintos caminos, pero lo que no sabe el oficial, que Buddy jamás se iría sin mí, y yo sin él. Significa que alguien, y no sé por qué, lo ha sacado del auto.



**HOSTAL NOVO**

—Bienvenido, ¿en qué le puedo servir? —me dice un anciano.

—Necesito una habitación.

—Sí, señor. Necesita una habitación privada, habitación doble, habitación con tres camas, habitación con cuatro camas o habitación con cama litera.

Me pregunto que hace un hombre anciano y de habla educada en este pueblo, con su pantalón de gatos, cuyo aspecto es más propio de un profesor de filosofía que de un recepcionista de un hostal barrido por el silencio y el olvido.

—Sólo deme una habitación —digo.

—Es para mí un honor complacerlo, ¿viene de visita?

—No. aunque viéndolo bien, quizá puede ayudarme… Mi perro acaba de perderse. ¿Tiene alguna idea dónde pueda estar?

—No lo encontrara.

—Por qué me dice eso, ¿sabe algo?

—Muchos turistas vienen con sus mascotas, pero extrañamente desaparecen, y luego los veo irse sin sus mascotas.

—Por eso hay tantas fotografías en el minimarket. Son muchas mascotas extraviadas para un pueblo tan pequeño y nadie sabe nada.

—Es lamentable… Sólo puedo desearle suerte con su búsqueda, la necesitará. Qué tenga buena noche.

Él trataba de decirme que no volveré a ver a Buddy, no lo creo, no me iré sin él. Así que me instalo en la habitación, acostándome en una cama no muy cómoda y rechinante. De pronto, las luces se apagan.



Los primeros rayos de sol proyectan esa sensación horrible en el corazón, como cuando alguien que amas mucho está a tu lado, pero luego te das cuenta de que no lo está. Salgo del hostal con la esperanza de encontrarlo, y me dirijo por una calle donde las pocas cosas que hay están expuestas en grandes vitrinas abiertas, todo sobre la vida de un pueblo tradicional y sus permanentes misterios. Quizás algunos turistas les llaman la atención estas cosas, porque para mí son tediosas.

Llevo más de veinte veces que miro el celular, esperando la llamada del comisario diciéndome que acaba de encontrar a Buddy. Dejo de caminar, porque acabo de ver un objeto que se destaca del resto de cosa viejas. Ocupa un lugar de honor en la parte frontal de la vitrina, al lado de un viejo libro sobre la cría de animales. Es una fotografía con un marco de plata, una imagen que revela una estatua atrayente. Es un perro tallado en bronce, y analizo lo que dice en la parte inferior de la fotografía:

**«SÍMBOLO DE LA CRUELDAD HUMANA»**

No voy a negar que me causa curiosidad saber un poco más sobre esta fotografía, pero mi objetivo principal es hallar a Buddy lo más rápido posible. Necesito salir de aquí, pero necesito a Buddy conmigo.

**CAN TONI**

Es una taberna, y siento como si estuviera bajo la amenaza de ataques de miradas de las pocas personas que hay, pero la tensión parece desaparecer al instante, ubicándome rápidamente en la barra.

—Que le sirvo niño bonito —me dice una mujer, que parece estar odiando su trabajo.

—Quiero un vaso con agua…

La mujer piensa durante un momento, dirigiendo la mirada al techo y luego suspira.

—Ya, se lo traigo…

Con el aire cargado de olor a licor y de humo de cigarrillo, busco a la persona que quizá pueda ayudarme, sin embargo, pienso que fue una mala idea.

—No eres de aquí, ¿cierto? —me dice la mujer.

—Gracias por el agua. No, sólo vine por gasolina, y…

—Déjame adivinar, te gusto este asqueroso pueblo.

—De hecho, se me extravió mi perro y no puedo irme sin él.

El semblante de la mujer se ensombrece, de una forma curiosa.

—Pierdes el tiempo, nunca lo encontrarás.

—¿Por qué todos me dicen lo mismo? Yo no puedo irme sin él, no lo abandonaré aquí.

—Al final lo hacen, pierden las esperanzas y se devuelven hacia sus ciudades. Lo único que dejan son carteles que con el pasar del tiempo se deterioran.

—Debo irme, ¿cuánto le debo?

—La casa invita.

Pero entonces se me ocurre una pregunta, una que me ha estado fastidiando durante horas.

—¿Por qué vienen a este pueblo? —le digo—, que ni siquiera está en el mapa. Además, no hay nada interesante, al menos que haya caído un meteorito en algún lado, y no lo sepa.

—Quizá no aparezca en el mapa, pero si está en internet. Vienen a ver la calle Roosevelt.

—¿Y qué hay en esa calle?

La mujer saca de su bolsillo un bolígrafo y escribe algo en la palma de mi mano. La velocidad con que lo hace me despierta una extraña curiosidad.

—Ve a esta dirección y el señor Morris te dirá todo lo que quieras saber.

Permanezco en silencio mientras ella se marcha, y me da la impresión de que trataba de no involucrarse demasiado, y claramente estaba ayudándome de una forma sutil, sin que nadie sospechara.



—¡Oye, muchacho!

Oigo esa voz detrás de mí, es el comisario. Espero que me tenga buenas noticias, que adentro de su Ford Crown Victoria este Buddy, para escuchar su ladrido, queriéndome dar un baño de babas. Sin embargo, adentro de su coche patrulla sólo hay un hombre en la parte de atrás.

—Entra —me dice.

Quizá tenga algo que decirme sobre Buddy, y sin pensarlo, me subo a su coche patrulla. Miro hacia la parte trasera.

—¿Y él quién es? —le digo.

—Es un hombre que posee habilidades…

—¿Habilidades?

—Habilidades para meterse en problemas.

De inmediato, el comisario suelta una carcajada, por lo que trato también de sonreír, aunque no me pareció gracioso su comentario. Quiero solamente que me diga si sabe algo de Buddy.

Miro por unos segundos al hombre en la parte posterior, parece estar enfadado, parece de esos hombres que no sienten piedad por nadie.

—¿Qué estás viendo, mariquita? —me dice.

—Oye, cuida tus palabras —le dice el oficial.

El comisario da la impresión de que dispone de muchísimo tiempo por su lento ritmo, y el calor del mediodía está socavando mi voluntad, pues no hay nada más agotador que deambular por calles desoladas.

—Espérame aquí, voy por un emparedado de ganso y pudín de chocolate —dice el comisario—. Y tú no hagas nada o si no haré que pases un buen tiempo en la cárcel.

Repentinamente el hombre comienza a reírse. Lo miro por encima del hombro, y tiene restos de moco sobre su labio superior.

—Oye, mariquita, ¿y tú eres el amante del oficial? —me dice sin dejar de sonreír.

—Sólo estoy buscando a mi perro.

Esta vez su risa es más fuerte, como si estuviera burlándose de mí. Más bien es una risa sarcástica, y al mismo tiempo, impertinente.

—¡Eres un idiota! —me dice.

—Qué tratas de decirme.

—Este pueblo es una trampa mortal para esos tontos animales.

—¿Habla claro, reo de mierda?

El hombre me mira con los ojos entornados.

—Tu perro está muerto… triturados como todos.

Comienza reírse, y no puedo controlar mi ira, así que desciendo del auto y trato de abrir la puerta, pero es imposible. Quiero estrangularlo, Buddy no puede estar muerto, el no… y golpeo la ventanilla. Él continúa riéndose.

Mi maniático comportamiento es controlado por el comisario, que me sujeta de los brazos y me pone contra la ventanilla, viendo como el sujeto sigue burlándose de mí.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?

—El maldito dijo que Buddy está muerto.

—¿Quién es Buddy?

—Es mi perro…

—Ah, tu perro… él sólo está jugando contigo, muchacho. Aunque es probable que tenga razón, es mejor que sigas tu camino, no quiero que me causes más problemas.

—No me iré sin Buddy…

—¿Ya puedo soltarte?

Mi respuesta se pierde en el viento y en la desesperanza. Luego el comisario amenaza al hombre con la mirada, y detiene su tonta sonrisa al instante.

—Es mejor que te marches.

—Claro, me iré. Perdón por el inconveniente oficial.

Enseguida el comisario me mira con suspicacia.

—¿Y tú Ford Mustang?

—No me quiere encender, voy a tratar de arreglarlo.

Espero que me haya creído, necesito ganar más tiempo en este lugar. Pero entonces me quedo petrificado al ver que el sudor ha borrado una parte de la dirección que la mujer había escrito en mi mano. Lo único que pude ver: *señor Morris*.



De un momento a otro la tarde se ha puesto nebulosa y fría, aunque por suerte he encontrado la casa del señor Morris. Así me lo indicó una adorable anciana que arreglaba su jardín de tulipanes secos. Golpeo la puerta en dos ocasiones, y oigo un pequeño crujido. La puerta queda entreabierta…

—¿Quién eres? —es una voz que sale de la penumbra.

—¿Es usted el señor Morris?

—Sí. ¿Qué quiere?

—Soy Noah Foster, y necesito de su ayuda.

—¿No sé en qué pueda ayudarte, jovencito?

—Quiero saber todo sobre la calle Roosevelt.

—No molestes, estoy ocupado.

La puerta comienza a cerrarse y alcanzo introducir el zapato, impidiendo que me dejara con las preguntas atoradas en mi garganta.

—Mi perro desapareció y usted pueda ayudarme a encontrarlo.

—Lamento oír eso, pero que te hace pensar que yo pueda ayudarte a encontrar a tu perro.

—Usted conoce la historia, y quizá allí este la respuesta.

Una repentina duda recorre su cara.

—Adelante —me dice.

Y mira hacia casi a todos los lados, como si le temiera a algo o alguien. Es un ambiente infrecuente, de secretos que perturban.



—¿Qué significa la estatua del perro en la calle Roosevelt? —le digo, mientras el señor Morris prepara algo de té.

—Crueldad humana, eso significa.

—No entiendo, ¿qué pasó?

—Hace más de cuarenta años… inexplicablemente hubo una serie de muertes, tanto niños como adultos. Los habitantes estaban muy conmocionados con lo que estaba pasando. Había mucho miedo entre ellos, porque en cualquier momento alguien más moriría. Hasta que el doctor King, muy reconocido en el pueblo dijo que todo se trataba de una peste mortal y…

Lo interrumpe el sonido de la sirena de un coche patrulla al pasar a una gran velocidad.

—Y luego, ¿Qué ocurrió?

—El maldito dijo que la peste se propagaba por el pelaje de los perros y que había que exterminarlos.

—¿Y tenía razón?

—Los perros que veían en las calles, sin importar la raza, les disparaban o los envenenaban. Mi padre y yo teníamos un Spitz finlandés, uno de los perros más sociables y audaces, pero varios hombres entraron violentamente a nuestra casa y le dispararon ante nuestros ojos, sin poder hacer nada para impedirlo. Todavía sigue grabado en mi mente aquel día, incluso, hasta ahora las pesadillas me persiguen. En menos de dos meses ya no había ningún perro en el pueblo.

—¡MISERABLES!

—Lo peor llegó después, cuando ocurrieron más muertes, pero ya no había perros a quien culpar. Luego descubrieron que se trataba de una bacteria que se alojaba en los embutidos, por lo que fueron cerradas todas las tocinerías.

—El doctor King mintió… ¿Por qué lo haría?

—El doctor King tenía un odio enfermizo hacia los perros, decía que eran unos animales despreciables y repugnantes.

—Dígame que ese malnacido tuvo su castigo…

—Lo asesinaron cuando entraba a su casa.

—¿Y se supo quién fue?

El señor Morris comienza a jadear, y luego cierra los ojos. Ni

siquiera intenta mirarme, sólo trata de ocultar sus lágrimas
—Fue mi padre —dice



—No abandones a tu perro en este lugar, encuéntralo —me dice, limpiándose las lágrimas—, no te rindas como los demás, que a los tres días se marchaban, dejando a uno de los seres más leales que hay en este mundo de mierda.

—No me iré sin Buddy, se lo prometo. Lo encontraré.

Finalmente, una pregunta todavía se apodera de mí.

—¿Por qué los perros desaparecen?, se supone que ya todo acabo.

—Después de que el periodista Hudson Miller publicara un artículo sobre lo que ocurrió en San Miguel, muchas personas de otras ciudades y de otros países se alojaban en este pueblo con sus mascotas a conocer un poca más de la historia, y de paso, ver la estatua que es símbolo de la crueldad humana.

—De eso se trata…

—Desde hace cinco años viene ocurriendo estos casos, los perros sólo desparecen, sin dejar rastro. Algunos pueden marcharse con sus mascotas, pero otros no tienen la misma suerte. Entonces, ¿qué te trajo por aquí, si no sabes de la historia?

—Me quedé sin gasolina, y el comisario del pueblo me trajo hasta aquí. Me parece un pueblo agradable, pero inestable.

—No debiste venir, hay personas muy malas y tu mascota está en peligro. Tienes que hallar a tu perro antes que sea demasiado tarde.

—¿Usted sabe quién está detrás de todo esto?

De repente, se escucha que alguien golpea la puerta.

—Escóndete atrás del sofá, y no te mueva —me dice.

El señor Morris abre, pero parece que temiera abrirla del todo.

—¿Qué se le ofrece oficial?

—Señor Morris, me place verlo… me informaron que un desconocido entró a su casa y quise a comprobar que todo esté en orden.

Creo que es el comisario, el de la cara cicatrizada y el de los ojos de buena persona, reconozco su voz.

—No hay ningún problema, oficial. Puede irse —dice el señor Morris.

—¿Seguro?

—De hecho, ya me voy a acostar.

—Cualquier inconveniente, estoy a su servicio.

—Lo tendré en cuenta

El señor Morris cierra la puerta mientras la luz del atardecer proyecta rectángulos resplandecientes sobre la única ventana, por lo que también ilumina tenuemente la fotografía de su padre.

—¿Le pasa algo?

—Tienes que irte, no pueden verte aquí

—¿Qué sucede?

—Sólo recuerda… Si tú no te vas del pueblo ellos intentaran que te vayas, entonces sabrás quién tiene a Buddy.

—¿Por qué cree que me buscarán?

—Porque serás una molestia para ellos, se darán cuenta de que puedes causarles problemas.

Percibo la ansiedad en los ojos del señor Morris, aunque creo que he conseguido mi primera pista.



Escuché la risa de papá, y me dirigí a la sala de estar. Observé que hacia un gesto en el aire como indicando unos titulares.

—Grave asesinato triple de puercos. Magia negra en el campo. El detective CROX al frente del caso.

Me sorprendí al ver a Buddy en el sillón, al lado de papá.

—Creo que a Buddy le gustan las películas de crímenes, ¿será por qué hay un perro investigador?

—Vamos Buddy, hay que sacarte a pasear.

—No te preocupes, ya lo hice…

Enarqué las cejas y lo miré como si algún guía espiritual me lo hubiera cambiado.

—Creo que también puedo, ¿eh? —dijo, y vuelve a mirar la Tv.

Yo seguía mirándolo, y él sólo sonría mientras acariciaba a Buddy.

—Mejor trae más palomitas, y ya deja de mirarme así.

Aquel día supe que Buddy había esculpido de amor su corazón de roca… Pero un golpe en la puerta desvanece el recuerdo…

—¿Quién? —digo en voz baja.

—Tengo algo para usted.

Abro la puerta y hago un bostezo fingido. De inmediato, me entrega una carta.

—Creo que esto le pertenece… —me dice

—¿Quién se lo dio?

—Las luces se apagarán en cinco minutos.

Le sostengo su mirada escrutadora antes de asentir con la cabeza,

y luego sólo se marcha. No lo pienso mucho, y abro la carta… No eran unas simples palabras:

*«No te queremos en nuestro pueblo»*

Enseguida las luces se apagan…



Pienso en los mágicos momentos que pasé con Buddy, y siento desfallecer, en cómo la tristeza me va envolviendo lentamente. Me levanto antes de que los rayos de sol atraviesen la ventana, pues quieren que me vaya, y eso haré. Echo lo poco que tengo en la mochila y cancelo la cuenta al anciano recepcionista, a cuya buena voluntad está sujeto.

—Lástima, que no haya encontrado a su perro… —me dice.

—Sí, es una lástima. Que tenga un buen día.

—Cómprese otro perro, en este mundo abundan esos animales.

—Infeliz —digo en voz baja, y salgo de su asqueroso hostal.

Cruzo por una calle plegado de cafeterías, bares y sucursales de pesca. Al otro lado de la segunda calle está mi auto. Cada vez hace más calor. Apenas son las siete con treinta y el calor ya aprieta y la humedad es altísima. Me limpio el sudor de la frente con la mano y saco una botella de agua. El auto está aparcado frente una tienda de zapatillas Zcorts. No sé qué diablos es, no he oído de esa marca. Abro la puerta del coche, y de la nada sale un chico rubio enseñándome una risita algo estúpida. Tiene el pelo recogido en una coleta y los pómulos marcados. Quizá sea dos años menor que yo, y viste un overol aguamarina, pero ya algo descolorida y grasosa.

—¿De dónde eres? —me dice.

—Eso no te interesa…

—¿Tú eres el del perro?

—¿Sabes algo?

—No…

—Entonces tengo que irme.

Me quedo mirando al chico a través de la ventanilla, y unas amplias manchas de sudor son visibles bajo las axilas. Me molesta su risita, pues no recuerdo haberle dicho algo gracioso.

—Que tenga un buen viaje —me dice.

—Púdrete infeliz —susurro.

Mi intención es olvidarme del asunto y regresar a casa. Es lo que yo quiero que crean. Seguro estarán siguiéndome, viendo cada movimiento que hago, y me imagino que ya saben que me he

marchado. Pero cuando estoy en la carretera, a las afueras del pueblo dispuesto a olvidar todo, he pensado en el señor Morris, cuando me dijo que intentaran expulsarme del pueblo… Lo que no saben, que voy a regresar y averiguaré quien tiene a Buddy.

## ESTÁ SALIENDO DE SAN MIGUEL

Oculto mi Ford Mustang entre unos arbustos secos que hay al borde de la carretera, aunque tuve que echar un poco más de maleza para cubrir la parte superior del auto. Luego de un par de horas de estar caminando, diviso un camión de carga de color rojo, por lo que alzo los brazos con exasperación. Sin embargo, creo que su intención es ignorarme. Cuando parece que todo está sumido en un día de mierda, he suspirado de alivio al ver que el camión de carga se detiene.

—Para donde se dirige, muchacho —me dice el camionero, observándome con sus gafas oscuras.

—A San Miguel…

—Suba, lo dejaré cerca.

Mientras el camionero escucha música *country*, pienso en lo que haré, en ese plan maquinándose en mi mente. Lo primero, descubrir quién está detrás de la desaparición de Buddy, luego… luego no sé. No hay plan.

De repente, respiro hondo; soy plenamente consciente de que si me descubre lo empeoraría todo. El camión pasa despacio por el lado de su coche patrulla estacionado al costado de la carretera, por lo que trato de ocultarme. De inmediato, miro por el espejo retrovisor lateral y me doy cuenta de que no está solo, lo acompaña una mujer y su mascota.

—¿Es un Beagle? —digo.

—¿Qué cosa?

—Su perro…

—¿Cuál perro?

—No me haga caso

Vuelvo a respirar profundo, pero esta vez de alivio.

—Noté que te pusiste nervioso al ver al comisario King, espero que no seas un prófugo de la justicia.

—Espera, ¿el comisario qué…?

—No eres un criminal o algo así…

—No… por supuesto que no. Perdón, ¿cuál es el apellido del comisario?

—¿Por qué la pregunta?

—Me acaban de robar el auto y supongo que él es la ley de San

Miguel.

—El oficial King es muy eficiente y honorable, te puede ayudar.

—Lo esperaré en la comisaria para darle la descripción de esos malnacidos.

Recuerdo con una claridad casi perfecta como ese apellido salió en varias ocasiones de la boca del señor Morris. El doctor King fue el causante de que asesinaran a los perros que habitaban en San Miguel.

Sin embargo, repentinamente se me viene a la cabeza, y sin entender lo que está pasando, tengo a mi primer sospechoso.



El camionero me dice lo mucho que lamenta mi perdida automovilística, mientras me bajo de su camión. Asiento con la cabeza, pero en realidad estoy pensando en cómo pasar inadvertido. Cada vez que me acerco siento el nauseabundo subidón de la adrenalina. Me pongo una camisa con capucha, aunque creo que eso no servirá de nada, pero si le dará menos visibilidad a mi rostro mientras me dirijo a la gasolinera, pues algo me dice que el comisario va a estar allí.

Camino tan rápido como puedo. Cuando ya he recorrido la mitad de una de las calles, echo un vistazo hacia atrás. Por fortuna, nadie está mirándome o sospecharan de mi extraña presencia. Ya la gasolinera está a pocos metros, por lo que sigo avanzando a contracorriente de algunas personas. Casi he llegado al pie de la gasolinera cuando tropiezo con un hombre que me dice: «¡mira por donde caminas, imbécil». No levanto la mirada porque no puedo apartar los ojos del piso, no debo hacerlo. Continúo y me subo a la acera demasiado asustado para levantar la mirada, y doblo a la esquina. Cuando lo hago, observo hacia la gasolinera, llevándome una sorpresa.

—¿Qué hace ella aquí? —digo

Es la mujer y su Beagle, y tiene un Hyundai Elantra color vino tinto. Está aparcado junto al coche patrulla del comisario King. Al parecer viaja sola con su mascota, y creo que él está coqueteándole. La mujer introduce a su perro en el auto mientras el oficial la invita a la cafetería Al Capone. Tengo la sensación de que el perro corre peligro. Comienzo ocultarme un poco más y justo en ese momento veo que se acerca alguien, pero espera…

—Es el mismo chico, el del minimarket, el que le faltaba un diente.

Parece que intenta abrir la ventanilla mientras el perro le ladra.

Pero consigue es abrir la puerta del auto, y noto que le dispara con algo. Puedo sentir las pulsaciones de mi flujo sanguíneo en el cuello y el sudor en la base de la columna vertebral.

—Son ellos…

Antes de que tenga tiempo de moverme, alguien extiende la mano, me agarra del antebrazo y tira de mí. Tiene los labios apretados y la mirada desquiciada. Está desesperado. Actúa preso del pánico y de la adrenalina. Me ingresa a hacia un recinto oscuro, y cierra la puerta tras de mí.

—No eres tan astuto —su voz es ahora un poco más que un susurro.

—Suéltame, ¿Qué vas a hacer?

—Debiste irte, ahora te llevaré a conocer un lugar que te gustará mucho.

Es el chico rubio con su overol aguamarina. Vacila en darme un cabezazo, y luego me sonríe. Una fina capa de sudor cubre cada centímetro de mi cara, siento un hormigueo en el interior de la boca y los ojos.

—Por cierto, mi nombre es Josiah —dice.

—Quiero ver a mi perro.

La perturbación parece haber sido exacerbado por la expresión de su rostro.

—Es tu día de suerte —me dice.



***La casa King.***

Josiah sigue apuntándome con su escopeta mientras me empuja hacia el interior de la casa. Hay una mujer fumando y algo perturbada. Es alta, con el cabello entrecano y viste con unos pantalones negros y una blusa blanca abotonada hasta el cuello. Está deambulando de un lado a otro, pero, en cuanto me ha visto, se ha detenido, ha tirado el cigarrillo al piso y lo ha aplastado con el pie.

—¿Es Policía? —le ha preguntado a Josiah, al tiempo que entra a la cocina.

—No, solo es un forastero que no quiso irse sin su perro.

—Debiste marcharte como los demás, no debiste meterte en nuestros asuntos —me ha dicho—. Odio matar personas.

—Si quiere lo mato yo, sería un honor.

—Claro, tú lo matarás. Hicieron las cosas mal, pero que no vuelva a pasar.

La mujer comienza a reírse, creo que acaba de percibir el terror en mi mirada.

—Que no sufra, se ve que es un buen chico —dice, mientras saca otro cigarrillo.

—Sólo es un tiro en la sien, señora King. No sufrirá.

Josiah ha dejado de apuntarme y, cogiéndome por el codo, me ha guiado con violencia hasta la puerta de entrada. Yo he vuelto la cabeza y le he echado un vistazo a la mujer, pero esta ya se encuentra junto a la ventana, observando absorta algún lugar en medio del humo de su cigarrillo.

—¿Por qué lo hacen? —le digo.

—Qué cosas hacemos según tú…

—Robarse los perros, no entiendo… ¿Con qué fin?

—Es nuestra combinación perfecta, odio y dinero —me dice con una sonrisa juguetona.

—No es nada lógico, son unos enfermos…

La mujer deja de observar por la ventana, y comienza a aproximarse sin quitarme la mirada. De repente, me aprieta el mentón, y al mismo tiempo, me escupe.

—Por esos malditos animales a mi padre lo asesinaron —dice, mientras puedo ver el odio en sus ojos— ¿Ahora si te suena lógico?

—Su padre era un miserable, poca cosa… se lo merecía —le digo, y se me ha escapado una sombría sonrisa.

Ella niega con la cabeza. De inmediato, deja de apretar mi mentón, para agarrarme el cuello y ponerme contra la pared.

—No vuelvas a decir eso, o lo lamentaras…

—Yo puedo decir lo que quiera, son mis últimas palabras, ¿no?

—Dile a este hablador lo que hacemos con los perros… Sé que le gustará saber lo que le pasará a su asqueroso animal.

Permanezco ahí, con los ojos puestos en la mujer y escuchando la risa patética del mecánico.

—Bueno, por dónde empezar… ¡Ah!, ya sé… algunos los vendemos clandestinamente a los circos, pues necesitan alimentar a esos pobres leones hambrientos. A los más fuertes se los vendemos a personas que los usan de *sparring*, es decir: que le sacan los dientes para servir de carnada y de entrenamiento para perros de pelea. Pero tranquilo, tu perro está en un lugar mucho mejor, con el señor Smith.

—¿Quién es el señor Smith? Necesito saberlo.

—Es un viejo amigo, es uno de nuestros mejores clientes. Pero no te preocupes, él lo cuidará, lo alimentará y luego se lo dará a su mascota preferida…

—De que hablas maldito enfermo, te mataré…

—Ahora si suena lógico —dice la mujer, con un tono sarcástico y frío.

Mi corazón se acelera e intento golpear al mecánico que no deja de reírse, pero él me apunta de nuevo con su escopeta.

—Ni te atrevas maldito o te vuelo la cabeza.

—No, aquí no. Hoy no quiero limpiar. Llévatelo a la parte de atrás y hazlo rápido. Te quiero aquí, tú ya sabes.



Al parecer Buddy aún sigue con vida, y no puedo soportar la idea de que esté sufriendo; pero no puedo hacer nada con una escopeta golpeado mi espalda cada vez que camino hacia la parte trasera de la casa. Si muero Buddy pasará a ser uno de esos casos más, una de esas historias perdidas, cayendo en el olvido con el paso del tiempo. Ya no tendrá justicia ni paz. Nunca sabré que pasó, no habrá un final feliz y pienso en ello, y me duele. No puede haber mayor sufrimiento, nada puede ser más doloroso que no llegar a saber nunca qué pasó con Buddy.

—Arrodíllate —me dice Josiah.

—Te crees muy valiente con esa arma en tus manos.

—¡Cierra la boca!

Me arrodillo, y permanezco ahí, quieto. Me quedo un momento pensando, pero no precisamente en la muerte.

—Te doy mil dólares si me dejas ir —le digo.

—Eres tonto o qué… Tu perro costo más que eso.

—Está bien, te daré cinco mil dólares…

—Buen intento, infeliz.

—Te lo prometo, me iré y no diré nada. No sabrán más de mí.

—No te creo…

Vacila un segundo, pero siento que pronto va a apretar el gatillo.

—¡ESPERA! —le digo.

Pienso en algo, es lo único que me queda, mi último lanzamiento del dado. ¿Si esto no funciona? No tendré más opción que resignarme a recibir un disparo.

—¿Acaso quieres decir tus últimas palabras?

—De hecho, sí… eres un fracasado, un perdedor, un pobre diablo que ni siquiera tu mamá te ama.

—Qué lindas palabras, ahora despídete de este mundo.

Hago un movimiento rápido con las manos y sustraigo el mini revólver que me dio papá, pues él pensaba que podría servirme… Por suerte, el estúpido mecánico se olvidó de revisarme un poco más abajo de la pierna, una falla que le hace abrir los ojos desorbitadamente. Quiso reaccionar, pero yo primero tiro del gatillo en tres ocasiones o

cuatro, no estoy seguro, sólo sé que no pude dispararle más.

Josiah se halla en el suelo, parece estar agonizando y su dentadura comienza a mancharse de sangre.

—No saldrás vivo de aquí —es lo último que me dice.

Supongo que la señora King piensa que estoy muerto, también creo que debe estar enfadada porque el mecánico debió darme un sólo un disparo. Cuando llego a la puerta, aunque más bien primero doy un vistazo por la ventana. Las luces están encendidas, pero no veo a nadie. Quizá esta en el piso de arriba y cree que Josiah ha hecho bien su trabajo. Sin embargo, mi torpeza hace que patee una lata de cerveza, quedándome quieto por un instante.

Finalmente, oigo pasos y veo una sombra bajar por las escaleras. En este momento soy una fuerza imparable, y nadie me detendrá para encontrar a Buddy. Me oculto rápidamente, y la puerta se abre… La señora King lleva una camiseta blanca hasta las rodillas, esta sin zapatos y con el pelo mojado.

—¿Eres tu Josiah? —parece sonrojada—Te estoy esperando, cariño. No juegues.

Sólo tengo que esperar unos segundos, hasta que…

—Lo siento, no soy Josiah —le digo—. Lamento arruinarle la tarde.

—¿Qué haces? ¿Qué hiciste con Josiah?

—Creo que está muerto…

La señora King guarda silencio, mientras la conduzco hacia la cocina empujándola con la escopeta. Está hecha un desastre: hay platos apilados en la encimera y el fregadero, y cartones de comida vacíos llenan hasta arriba el cubo de basura.

—Acaso quieres que te prepare algo maldito… — dice.

—Muy graciosa.

La llevo hacia la sala de estar, tenuemente iluminado por una lámpara tradicional. Tiene el mismo aire de dejadez domestica que la cocina. Hay una mesa de madera llena de papeles, revistas y cinco fotografías de perros. Mis manos se aferran al vaso de vino que hay al lado. Le doy un sorbo. Es tinto, pero está frío y amargo. Le doy otro sorbo.

—Parece que te gustan los pubertos —le digo.

—Eso a ti que te importa… ¿Qué quieres de mí?

Al instante me siento mejor y la tensión desaparece de mi cuello y hombros. Le doy otro sorbo al vaso de vino; ahora sabe menos amargo. Enseguida empuño un picahielo que se encuentra justo al lado de la botella de vino, y lo oculto en el bolsillo trasero del pantalón.

—Quiero que me lleves donde esta Boddy —le digo.

—Nunca lo haré, púdrete.

Cargo la escopeta y apunto directo hacia su cabeza.

—Entonces tendré que volarte los sesos en este preciso momento, y hablo en serio.

La señora King alza los hombros y, sonriendo, dice:

—Está bien, te llevaré dónde está tu asqueroso perro.

Respiro hondo, me siento aliviado, ni pienso que soy un monstruo por lo que estoy haciendo. Sólo quiero irme a casa, y devorarme un gran pavo junto a Boddy.



Le ato las manos y los pies con cinta adhesiva, pero la señora King sigue maldiciéndome y no deja de hablar. Lo más apropiado para mi tranquilidad sería cubrirle la boca con la cinta, pero sería una mala idea si lo hago ahora. Creo que estoy perdiendo mucho tiempo, por eso me inclino un poco, luego la levanto y nuestras caras se topan. De inmediato, puedo oler su aliento por lo que me doy cuenta de que su enjuague bucal ha caducado.

— Ya estás muerto —me dice.

—Cierra la boca, bruja.

—Cuando mi hermano te atrape, te hará picadillo y luego se lo dará a los perros.

—Lamento haberte dañado la cita con Josiah, creo que hacían una buena pareja…

La mujer me escupe la cara en cuanto se lo dije, y de inmediato, la suelto.

—Creo que me rompiste un hueso, desgraciado —me dice.

—Sólo fue uno, de los doscientos seis que tienes —le digo, mientras me limpio la cara con la camiseta—. Así que no llores.

La levanto de nuevo, pero esta vez la subo a la vieja camioneta azul que conducía el mecánico, y por suerte, había dejado las llaves en el auto.

—Muy pronto anochecerá y mi hermano se dará cuenta de lo que has hecho, así que date prisa si quieres ver a tu Buddy vivo por última vez.

—Mejor dime cuál es el camino, y espero que no me mientas o sino cuando tu hermano te encuentre, ya sería demasiado tarde. Te hallará en la mitad de la carretera con un tiro en la cabeza.

Miro a través del parabrisas mientras conduzco, y el sol ya está casi a punto de ocultarse en una espesa nube negra. La mujer luce una amplia sonrisa y luego me mira como si supiera algo sobre mí, como si estuviera jugando, como si tuviéramos una broma privada. Retiro la

mirada y me concentro en la carretera.

—¿Qué te causa tanta gracia? —le digo.

—La forma en cómo vas a morir…

—Ahora resulta que eres vidente.

No oigo lo que me dice porque mi mente ha ido a otro lugar completamente distinto y ya no presto atención a las palabras que está diciendo la asesina de perros, sino recordando cuando Buddy y yo no quedamos solos en casa escuchando Rude. Decidí hacer la cena mientras agarraba sus patas delanteras y bailábamos por toda la casa. Jugábamos a las escondidas, pero Buddy tenía la mágica habilidad de encontrarme tan rápido, el cual tuve que decirle lo tramposo que era, pues yo no poseía su gran olfato. De repente, vuelvo a oír risas, o quizá sea un grito.

—¡Oye, imbécil! ¡Es ahí! —me dice.

Detengo la camioneta, y no puedo creer que este tan cerca de reencontrarme con Buddy. Me presiono las cuencas de los ojos con las palmas de las manos para reprimir las lágrimas e intento concentrarme, porque no sé con qué me encontraré después de que ponga un pie fuera del auto.

—Te recuerdo que el señor Smith fue un gran cazador, y si fuera tú, tendría mucho cuidado. No vaya que inesperadamente una bala atraviese tu maldito cráneo.

—¿Cazador?

—Y de los buenos. Muchas cabezas de animales decoran su casa.

—No intentes nada, voy a entrar…

Por si las dudas, le cubro la boca con la cinta adhesiva. No vaya a ponerse histérica.

—No quiero que hables —le digo.

Es una elegante casa de madera, y parece muy cómoda, rodeada de un espeso bosque, además, tiene una vista para ver pasar la tarde, pero que me importa la casa y cargo la escopeta. Seguro que detrás de esa puerta no hay nada bueno, pues alguien que compra perros para hacerles daño, debe ser algún lunático o alguien con trastorno psicopático.

Desconfío un poco al ver la puerta entreabierta, pero no puedo dudar, no en este momento. Sólo se oye el silencio, y el corazón sigue latiéndome con fuerza, debe ser la ansiedad. En efecto, hay muchas cabezas de animales: cebras, venados, lobos, coyotes, zorros, leones y no sigo, porque siento las pulsaciones del flujo sanguíneo en la cabeza de observar tanta crueldad. Estoy ante un demente que mata por placer.

Desde aquí puedo ver el jardín trasero, pero de pronto, llegan a mis oídos ladridos. Pienso en Buddy, no he podido pensar en otra cosa. Necesito verlo… Así pues, por más peligrosa y temeraria que sea,

me dirijo hacia los ladridos.

—Bienvenido a mi casa, muchacho —oigo una voz detrás de mí.

—No me haga nada, vengo por mi perro —le digo.

—Vaya, por fin encontró a su desagradable animal.

Mantengo la mirada al piso y respiro lentamente mientras intento desentrañar ese tono de voz, pues creo reconocerla.

—Deja el arma en el suelo.

Lo obedezco, de lo contrario…

—Camina… ¡Muévete! —me dice.

Temo decir algo equivocado o que se me escape algún movimiento indebido. Así que camino despacio.

—Sólo quiero irme con mi perro… le doy dos mil dólares por él.

—Camina, no hables.

No he levantado la cabeza en ningún momento, pensando en cómo escaparme de esto, aunque no sé por qué me está llevando hacia el jardín trasero. Mi respiración se va volviendo cada vez más rápida, como si el aire pareciera escasear en la sala de estar, pues no puedo evitar tener la sensación de que no me llegara suficiente oxígeno a los pulmones.

—¿Para dónde me lleva?

—Acaso no quieres ver a tu perro…

Veo que tiene un amplio patio trasero rodeado de un verdoso bosque, pero lo que me llama la atención es saber de quién es la sombra que avanza con la mía, una silueta no tan alta de movimientos lánguidos y desgarbados.

—Señora King, traiga a ese maldito perro.

Han desatado a la desagradable mujer, ahora sí estoy en problemas.

—Será un placer —me dice con una sonrisa.

Se dirige hacia aquel granero rojizo, es allí donde provienen los ladridos, más bien parece ser el sitio de la tortura. Necesito saber de una vez quien está detrás de mí, así que lo miro por encima del hombro, encontrándome con su rostro y un escalofrío ha recorrido toda mi columna vertebral...

—¿Es usted?

—Me alegra verte de nuevo, muchacho.

Cómo es posible, alguien que irradia una paciente amabilidad; aunque puede que alguien inocente, confiado o simplemente sin experiencia no sea capaz de ver más allá de eso y advertir que detrás de esa tranquilidad se esconde un lobo.

—¿Por qué no tiene puesto sus pantalones de gatos? —le digo, y observo que tiene puesto un chaleco color caqui.

—No sabía que te gustaran tanto mis pantalones.

Cuando deja a la vista los dientes porque comienza a reírse, se

puede percibir el asesino que hay en él. Se me ha hecho un nudo en el estómago, el pulso se me ha vuelto a acelerar pues no podía soportar la idea de que un simple anciano fuera un maldito lunático.

—Te voy a mostrar algo —me dice, apuntándome con su fusil M40.

La frialdad con la que me trata seguro es porque piensa asesinarme en un lugar más apartado, pero me detengo, pues había dicho que traerían a Boddy. Entonces permanezco inmóvil…

—¿Por qué te detienes? —me dice.

—¿Dónde está Boddy?

—¡CAMINA!

Voy pensando con la mirada puesta en el césped cuando paso al borde de un…

—¡No te muevas! —dice.

Levanto la mirada: es una laguna. Sus aguas son algo negruzcas bajo capas de malezas.

—¿Por qué me traes aquí? —le digo.

Se oyen los ruidos de los pájaros, y soy incapaz de seguir preguntando ante la sonrisa estúpida del anciano, por lo que permanezco en silencio, sin saber qué hacer, como un inútil. Hasta que de repente oigo un leve ladrido, y vuelvo en mí. Dejo de mirar aquel fusil que no deja de señalarme, no sé si lo que estoy viendo es real o no, imaginación o recuerdo. Cierro los ojos con fuerza e intento volver a ver para saber que no se trata de un espejismo, y no lo es… Es Buddy, mi Buddy.



Sin importarme que me disparara, salgo tras Buddy; pero el maldito anciano golpea mi rostro con la culata del fusil, por lo que quedo algo aturdido. Me levanto, y me doy cuenta de que comienzo a sangrar por la nariz.

—¿Deja que lo abrace? —le digo, casi que le ruego.

—Claro, que no. ¡ATRÁS!

—Por favor…

—La piedad no va conmigo.

Al verlo tengo la sensación de que Buddy ya no es el mismo, ya su cola no está levantada como siempre, sino que la tiene escondida entre sus patas. Cada vez que se acerca comienzo a oprimir mis lágrimas, pues quiero tenerlo entre mis brazos. Además, cojea y tiene su pelaje sucio y desgastado. La mujer ha rodeado su cuello con una cadena oxidada, y lo hala de una manera violenta mientras se ubica al

lado del anciano.

—Que desagradable huele este animal —dice la mujer— ¿Por qué no los matas de una vez? Quiero irme a descansar.

—No sea tan ansiosa, señora King.

Me siento fatal al verlo en ese estado, así que me arrodillo queriéndome aproximar. Su hocico está a unos escasos metros de mi cara; pero el anciano me aparta con su bota. Quisiera tumbarme a su lado hasta quedarnos dormidos, sin embargo, la realidad es otra…

—Levántate imbécil —me dice el anciano.

—Buddy, soy yo… ¿No me recuerdas?

Buddy levanta la mirada al escuchar mi voz, y sus ojos que parecen dos canicas ya no tienen ese brillo intenso con que me miraban. Mueve sus orificios nasales e intenta acercarse, y de repente, empieza a tirar más fuerte de la cuerda acompañado de quejidos y leves aullidos de alegría. Entonces es cuando me doy cuenta de que ya sabe quién soy, y quiere estar a mi lado para acariciarme con su lengua y darme su habitual baño de babas. Anhelo abrazarlo y escuchar los latidos de su corazón; pero el anciano golpea sus costillas con la culata para que no siguiera moviéndose e intentara venir hacia mí.

—¡No lo golpees, infeliz!

—Qué más da, si va a morir.

—Tranquilo Buddy, esto acabara pronto e iremos a casa y comeremos el mejor pavo del mundo.



Me da la impresión de que el anciano prepara algo siniestro, lo sé por la forma en cómo observa Buddy. Al parecer quiere torturarme por haberle arruinado su macabro pasatiempo.

—Ya va a anochecer y en dos horas comenzará mi programa favorito, hablado con Makai Martin. ¿Te lo has visto?

—¿Qué pretendes con todo esto?

—Mira a tu alrededor…

—Eres un anciano estúpido.

—Cuida tus palabras, muchacho. No te ensañaron a respetar a las personas de edad. Pero está bien, lo haré más fácil, sin tantos rodeos.

El horror de su sonrisa es casi insoportable, no puedo comprender como una persona tan perturbada todavía este respirando.

—Supongo que ya viste la laguna… Bueno, entonces te mostraré…

La suavidad de su voz, la calidez de sus ojos, pero de nuevo esa

sonrisa… Algo trama y no sé qué es, aunque creo que en un momento lo sabré.

—¡A CENAR, AMIGO! —grita—¡A CENAR, AMIGO!

De repente, el anciano golpea a Buddy en las costillas, causando que Buddy comience gemir, sin lograr ponerse en pie.

— ¡Malnacido, no lo golpees!

—Tranquilo, sólo es para llamar su atención.

Ahora tengo la extraña sensación de que algo va a salir de la laguna, y de pronto, a mi mente llega una imagen, no sé si aterradora, pero me pone nervioso. Qué no sea lo que estoy pensando.

—¡TE PRESENTO A TSUBASA!

Veo que algo va emergiendo, y el pánico se apodera de mí y vuelvo a sentir una punzada en el estómago.

—Es un cocodrilo americano, muy apetecido por los cazadores, gracias a su cuero. Sabías que estos animales están en peligro extinción, por eso lo conservo, por lo que creo que es una buena noticia para la fauna.

Simplemente, me he quedado atónito, intento reaccionar. No puedo hacerlo.

—Hace cinco días que no come, no le caería nada mal un estofado a la Buddy.

—¿No puedes hacer eso…?

—Ahora ya sabes para que quiero a los perros.



Pienso en el hecho de que por mi culpa Buddy está a punto de ser devorado por un cocodrilo, pues debí de echarle suficiente gasolina al coche.

—¿Si ves esta pequeña balsa? Aquí instalaré a tu perro y luego haré que navegue hasta que… ¡ZAS! Tsubasa voltee la balsa y se coma a tu perro. Fin.

No levanto la mirada al oírlo. Permanezco rígido y con las manos cerradas. Exhalo entonces un sonoro suspiro.

—Lamento decirte, Tsubasa no comerá hoy…

—¿De qué estás hablando?

El anciano sonríe, pero ahora lo hace sin convicción, pues una expresión de duda se asoma fugazmente en su rostro. Yo lo miro a los ojos y grito:

— ¡MURCIÉLAGO! ¡MURCIÉLAGO!

Sin previo aviso, Buddy salta con violencia, tumbado a la mujer

hacia adelante. El ruido que hace al caer desconcentra al anciano por unos segundos. Le doy una patada en la base de la columna vertebral que lo tira al suelo, provocando que el arma salga despedida. Desafortunadamente, la mujer atrapa de nuevo a Buddy, pero yo me ubico encima del asesino, propinándole golpes en la cara.

—¡Toma el arma! —grita el anciano con sangre entre sus dientes —¡Y suelta a ese maldito perro!

Adopto una expresión de inquietud al ver a la mujer acercarse para agarrar el fusil M40, por lo que no puedo permitirlo, pues si lo hace todo terminará. Trato de tomar el arma primero, pero el anciano agarra mi cuello con sus manos, mientras sus dedos se clavan en mi garganta.

—No podrás escaparte, vas a morir de la peor manera —me dice.

Siento que me falta el aire e intento estirar el brazo para agarrar el fusil, pues el anciano ya no aprieta con tanta intensidad. Entonces me suelto y mi cabeza se colisiona con su rostro, tan fuerte que de su boca se desprende algunos dientes. Para mi mala fortuna, la desquiciada mujer empuña el arma antes de que yo pueda ponerme en pie y recobrar el aliento.

—¡Dispárale, maldita sea, dispárale! —grita el anciano con desesperación.

Suspiro, al parecer el fusil se le atora y no puede dispararme, aunque lo intenta varias veces.

—Aprieta el gatillo, vieja inservible, ¿qué estás haciendo?

Sin dudar mucho, me acerco y ella me sonríe tímidamente. Le arrebato el arma y golpeo su rostro con la cacha del fusil causado que su nariz sangre sin parar.

—Se te olvido quitarle el seguro —le digo, y le doy otro golpe, pero esta vez en el estómago.

Ahora camino hacia él, que ya se ha puesto en pie. Me doy cuenta de que tiene un cuchillo en la mano derecha, y no deja de escupir sangre.

—Dispárame o si no te rebano el cuello —me dice, y su sonrisa es un poco más lunática que antes.

Veo que Buddy comienza acercarse, seguro quiere darme unos sabrosos lengüetazos, pero le digo que se vaya, que no es un buen momento. Yo también quiero abrazarlo con toda la fuerza posible, pero antes tengo que ocuparme de este desgastador asunto.

—Qué estás esperando, muchacho… ¡Dispara!

Tengo una mejor idea, por lo que le disparo en las dos piernas.

—¿Qué haces? Mátame de una vez —me dice con un chillido molesto, una mezcla de furia y dolor.

—Sería muy fácil, quiero que sufras un poco más.

Luego le disparo en los brazos, me aproximo y agarro su mano

izquierda, arrastrándolo hasta el borde de la laguna.

—¿Qué piensas hacerme? ¡Maldito infeliz!

—Creo que a Tsubasa esta vez le provoque un estofado de anciano estúpido. Hay que variar el menú.

—No puedes hacerme esto…

—En memoria todos los perros que mataste y de todos los animales que cazaste…

Buddy tiene la cabeza inclinada, y camino hacia él. Le doy un abrazo con el corazón latiéndome con fuerza mientras mis lágrimas caen de la barbilla al suelo. Su cola parece estar enloqueciendo y su lengua comienza a lamer toda mi cara al tiempo que emite un sonido singular a una mezcla entre un gemido y un aullido. Después yo lo invado de besos en su suave pelaje, aunque está un poco pegajoso y sucio.

—También necesitas un buen baño, amiguito —le digo, besándole la cabeza—. Vámonos a casa.

De repente, Buddy empieza a ladrar, por lo que doy un vistazo por encima del hombro y me doy cuenta de que la señora King se dirige hacia mí brotándosele un odio desproporcionado. Observo que en su mano derecha aferra con fuerza el cuchillo que sus dedos parecen sangrar. Yo me doy la vuelta y sin titubear le disparo. La bala se aloja un poco más abajo de la clavícula provocando que retrocediera. Se me queda mirando unos segundos y luego se desploma, como una implosión.



El anciano es capturado y sacudido con bastante presión por Tsubasa, aunque ya no quiero escuchar sus desesperados gritos. Mejor me evito ver como lo despedaza, mientras lo introduce hacia las apacibles aguas de la laguna.

Aún no asimilo que Buddy este conmigo, y no dejo de acariciarlo hasta que, en un momento dado, dejo de hacerlo. Pensé que por fin todo había terminado, pero no; pues el coche patrulla está aparcado justo al lado de la camioneta.

—Escucha lo que te voy a decir —le digo a Buddy mirándolo a los ojos—. Cuando te diga corre, corres conmigo lo más rápido posible hasta a la camioneta…

—¡GUAU!

—Pero no ladres, nos van a descubrir.

—¡GUAU! ¡GUAU!

—¡CORREEE!

La respiración áspera y rápida. De repente, se escuchan disparos, pero sigo corriendo junto a Buddy. Abro la puerta de la camioneta, y mientras nos subimos varias balas impactan el metal. Dos de los proyectiles rompen la ventanilla, al tiempo que intento encender la camioneta, a lo que emite un espantoso ruido, luego echo reversa y conduzco hacia delante golpeando un poco el coche patrulla. Más balas comienzan a estrellarse en el auto.

Por el espejo retrovisor me doy cuenta de que el comisario King nos está siguiendo. No va a dejar que nos escapemos tan fácilmente. Así que piso a fondo el acelerador, pero no es suficiente, cada vez el coche patrulla está más cerca ululando la sirena. El ruido metálico de las balas impactando contra la parte trasera de la camioneta me provoca intranquilidad, pues creo que estoy atrapado. No hay salida.

El cielo se ha puesto oscuro, pero no más oscuro al ver el rostro del comisario King a través de la fraccionada ventanilla. Con la mano izquierda empuña el volante, y con la otra hace que la boca del arma tome una dirección hacia mi cara.

Sólo tengo una fracción de segundos antes de que tire del gatillo, así que muevo con violencia el volante hacia la izquierda, golpeando su coche patrulla y sacándolo de la carretera. Doy un vistazo por encima del hombro y sonrío, pero cuando incorporo la mirada, una luz viscosa de un camión de carga destella mis ojos por un momento. El ruido de la bocina hace que reaccione y lo eludo. Sin embargo, no puedo controlar la camioneta y me salgo del camino, por lo que la parte frontal del coche se impacta contra el tronco de un árbol.



Desciendo del auto con un ataque de tos. El comisario me agarra de la camiseta; luego me arrastra por el suelo y yo intento aferrarme a algo, pero no consigo hacerlo. Todo es difuso (la oscuridad y el humo). De repente, siento el intenso y cegador dolor de un golpe en el estómago y otro en la cara.

—Creíste que ibas a salir vivo de aquí, creíste que te iba a escapar maldito bastardo.

Buddy aún sigue adentro de la camioneta que poco a poco se incinera. Necesito sacarlo de ahí, y el corazón se me acelera. Estoy en el suelo, pero con dificultad consigo alzar la cabeza y apoyarme en un codo.

—No hay mejor final para ese asqueroso perro —me dice.

Intento ponerme en pie, pero la cabeza me da vueltas y la saliva con sangre inunda mi boca. Me siento como si fuera a vomitar todos mis intestinos. Aprieto los dientes y clavo los dedos en el césped. Necesito levantarme, no puedo permitir que Buddy muera. No va a venir nadie ayudarnos. Lo sé. Nadie va a llamar a la policía.

—¿Qué voy a hacer contigo, muchacho? —se pregunta cuando me ve tratando de ponerme en pie.

—Sólo déjame ir donde esta Buddy, por favor.

—Lo arruinaste todo, no me dejas otra opción.

Me observa atentamente y pone la boca del revólver en la parte frontal de mi cabeza, negando con cierta burla.

—Todo por un sucio perro —dice, y su expresión era como si levitara en una profunda calma.

Cierro los ojos, y pienso: «morir no estaba en mis planes».

—Sabes, me acabo de acordar que ya no tengo balas —dice, y suelta una risita.

La oscuridad, el humo, el ruido de su estúpida sonrisa, y un gruñido amenazador. El comisario King se da la vuelta y su expresión de asombro al ver a mi amigo de cuatro patas. Buddy se lanza sobre él y con las patas delanteras lo empuja causando que pierda el equilibrio. Rápidamente me pongo en pie, lo agarro del uniforme y al mismo tiempo lo golpeo tan fuerte como puedo. Luego le doy un rodillazo en la cara y oigo como cruje el cartílago. El comisario suelta un grito y cae otra vez en un movimiento serpenteante.

—Qué esperas, sigue golpeándome. ¡Anda! —dice.

Mis manos tiemblan, y mis ojos distinguen como el comisario se levanta, parece estar divirtiéndose. Se limpia la boca con el antebrazo y escupe algo de sangre. Él viene hacia a mí.

—¡Eres débil! —me dice.

Se aproxima, y sus labios forman una sonrisa retorcida. No me muevo hasta que casi lo tengo en encima. Entonces reanudo la fuerza, esta vez debo ser más ágil y le clavo el horrífico punzón del picahielo en el cuello. El comisario King abre los ojos como globos y se lleva las manos a la garganta sin apartar la mirada de mí. Parece como si llorara, y cae al suelo sin emitir sonido alguno. Se desangra con los ojos abiertos dando sus últimos espasmos de vida. Más bien miro a Buddy.

—Todo termino, amigo —digo.

—¡GUAU! ¡GUAU!



Le estrecho la mano al señor Miller, pues todo esto resulta doloroso; e intento no pensar mucho de lo que sucedió en este lugar.

—Lo lograste… —me dice—, ¿este es el famoso Buddy?

—Sí, mi gran y mejor amigo.

—Sabes Buddy, tienes un gran papá humano, te salvo de las manos del mal. Cuídalo mucho.

El señor Miller me examina: me mira la herida que tengo en la cabeza, en los brazos y el abdomen. Además, estoy horrible, pues aún tengo salpicaduras de sangre en mi camiseta y en la cara.

—¿Quieres que te lleve al hospital? —me dice.

—No, estoy bien.

—¿Está seguro?

—Sí. ¿Qué pasará con los otros perros?

—De eso me encargo yo. Haré todo lo que este a mi alcance para encontrar a sus dueños.

—Temo que me busque la policía…

—La familia King tiene muchos enemigos, y supongo que algunos de esos enemigos fueron los causantes de su horrible desenlace.

Le doy un fuerte abrazo al señor Miller y después decido ir al minimarket.

—¿Qué vas a hacer?

Pienso en lo agradable que sería sentarme en un sillón acogedor junto a Buddy, sólo tenuemente iluminados por la tele; pero no puedo marcharme sin antes…

—¡Oiga, ese animal no puede entrar acá! —me dice el chico, al que le falta una pieza dental.

Cada vez que me próximo, su cara es más pálida. Su sonrisa torcida y amarillenta ya se torna algo nerviosa.

—Me alegra que lo haya encontrado —dice.

No digo nada, sólo agarro su cabeza y provoco que su rostro se impacte contra la caja registradora. Ni siquiera pudo reaccionar, y cae con la boca ensangrentada.

—Eso fue por los perros que ayudaste asesinar.

Tomo un paquete de frituras y acaricio a mi mejor amigo.

—Ahora si Buddy, vamos por ese pavo.

—¡GUAU! ¡GUAU!

“No quiero ir al cielo, quiero ir donde ellos van”